



**UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS FACULTAD
DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES**

**Máster Universitario de Formación del profesorado de Educación
Secundaria Obligatoria y Bachillerato —Especialidad en Geografía e Historia—**

Trabajo Fin de Máster

LA EDUCACIÓN A TRAVÉS DE MAQUIAVELO

Autor: Alejandra Rubio Gordo

Director: Dr. D. Luis Llera Cantero

Madrid, 15 de junio de 2020

ÍNDICE GENERAL

1.- Agradecimientos.....	4
2.- Resumen y palabras clave.....	6
1. -Introducción.....	7
3.1. -¿Qué vinculación existe a priori entre Maquiavelo y la educación?.....	10
3.2. -¿Qué proyección educativa se pretende alcanzar con este análisis?.....	12
4.- Justificación.....	13
5.- Comentario a la legislación vigente.....	16
5.1.-La equidad y la calidad: dos caras, ¿una misma moneda?.....	18
5.2.- El talento.....	28
5.3.-Educación para la ciudadanía: el legado perdido de la educación científica de Maquiavelo.....	29
6.-Estado de la cuestión.....	31
6.1.- Reconstrucción de las influencias en Maquiavelo.....	31
6.2.- Maquiavelo y su pensamiento inmediato.....	37
6.3.- Antimaquiavelistas y la pervivencia del anti-maquiavelismo.....	39
6.4.- Maquiavelistas contemporáneos y su legado.....	44
7.-Estudio pedagógico de Maquiavelo.....	45
7.1.-La metodología de enseñanza.....	45
7.2.-Educar desde la verdad, educar para el ciudadano.....	51
7.3.- El uso de la lengua vernácula en la relectura maquiaveliana del género pedagógico en los “ <i>specula principum</i> ”.....	54
7.4.- Educar en la libertad: el equilibrio entre “ <i>virtú</i> ” y “ <i>fortuna</i> ”.....	57
7.5.- Las competencias de un buen ciudadano.....	61
8.-Maquiavelo en la educación hoy.....	63
8.1.- La visión multidisciplinar.....	63

8.2.- Educación para ser ciudadano.....	64
8.3.- La importancia de las Humanidades: El pasado como inspiración educativa.....	67
9.-Bibliografía.....	69

AGRADECIMIENTOS

Veo necesario desde mi perspectiva como historiadora remarcar que la elaboración de este trabajo no ha sido fácil, ya que el contexto que nos ha acompañado durante la elaboración del mismo ha sido una prueba de fuego como sociedad y como seres humanos.

En primer lugar, me gustaría agradecer a todos los héroes que siguen trabajando desde los hospitales para que podamos seguir adelante y, en el que muchos han perdido su vida. A todos esos maestros que no han querido dejar atrás a ninguno de sus alumnos y, que han buscado todas las formas posibles para seguir motivándoles. A todos los padres que han hecho un esfuerzo sobrehumano y, que se han definido como una parte vital de la educación.

Por supuesto, querría agradecer a Chema y a María su apoyo incondicional, y pese a que no ha sido fácil, siempre nos han recibido con una sonrisa, incluso para soportar nuestras quejas. A todos los profesores que han hecho un esfuerzo notable, intentando que no nos viniéramos abajo.

En especial a Luis Llera, al que no le tembló el pulso al considerarme como su tutoranda para este trabajo. Si se ha hecho, en parte ha sido gracias a su esfuerzo, a la facilidad que me ha dado para acceder a la información, que dada las circunstancias, no habría podido obtener. Sobre todo, agradecerle sus clases, porque me hizo recuperar mi amor por la filosofía y la defensa del pensamiento crítico. Quizás lo tome como un “Maquiavelo” personal.

A todos mis compañeros, a los cuales me une el duro proceso de lucha por seguir, pese a que en muchos momentos nos ha podido el desánimo. En especial, a mi “Deccameron” particular -Mercedes, Iñaki y Miguel-, que dada la crueldad de algunos momentos vividos, han sido como un rayo de vida con su alegría y positivismo. A mi compañera Cristina, ejemplo de fortaleza y superación. A Isabel, cuyas palabras de apoyo tanto necesité y a la que admiro por su incondicional tesón.

A mis padres a los que les debo tanto y, a los que no verles, ni poder abrazarles durante el confinamiento, fue uno de los mayores quebraderos de mi vida. A mi pareja Ricardo, al que me siento cada día más unida. En especial, a mi querido gato Enki, que me acompañó vigilante durante la redacción de este trabajo.

Sobre todo, y con el mayor cariño que pueda llegaros, a mi abuela, a la que lamentaremos siempre no haber podido acompañar en sus últimos momentos, pero de la que nos quedamos el amor más bonito que una abuela pueda dar. A Enrique, ¡qué injusto fue perderte!, y del que nunca me faltaron sus ánimos, su ayuda, ni su sonrisa. Y a Pedro, que empezaba a disfrutar de su vida ahora como abuelo. A todos ellos, gracias por ser quienes fuisteis. En nuestro pensamiento.

Por último, a ese ser brillante del que me confieso “presa”: Niccolò Maquiavelo. La situación me llevó casi a recrear tus años de reclusión, donde por las noches te ponías de nuevo tus vestimentas de funcionario y te rodeabas de los clásicos. Te creía haber entendido bien hace años, pero ahora me falta tanto... ¡Gracias por dejar que te siga descubriendo!

2.- Resumen y palabras clave:

Pocas obras han sido objeto de tanta controversia como las escritas por Niccolò Maquiavelo (1469-1527). Este análisis pretende ser una introducción a su obra, centrado, principalmente, en la perspectiva que el florentino aportó en la *paideia* de su época hasta la actualidad. De igual modo, Maquiavelo, pese a que no tuvo pretensión alguna de convertirse en maestro, ha dejado en *El Príncipe* y en su obra los *Discursos* un legado que sirve de fundamento para entender el pensamiento y la educación de su tiempo. Con ello, en esta obra se pretende demostrar que Maquiavelo empleó una metodología de raíz clásica, así como se ahondará en la controversia sobre a quién va dirigido su aprendizaje. Se intentará determinar qué entiende él por el perfecto ciudadano y, se analizarán brevemente los diferentes modelos pedagógicos propios de su tiempo. Es interesante destacar que las obras del florentino siguen siendo hoy objeto de estudio en el ámbito de la política. Además, gracias a su visión multidisciplinar, se erige hoy como el padre de la denominada “Ciencia política moderna”.

Palabras clave: Maquiavelo, educación, política, historia, legislación, virtud, fortuna.

Abstract:

There are few works which its objective has been a clear source of controversy like those written by Niccolò Machiavelli (1469-1527). This essay wants to become an introduction of his work focused on, mainly, the perspective about the concept of *paideia* since his own time from Nowadays. As well, it is known that Machiavelli had no ambition to be considered as a *magister*, but he has left two masterpieces, *The Prince* and the *Discorsi*, being considered a real heritage of modern philosophy and past education. This essay wants to demonstrate that Machiavelli used a classic methodology, as well as it wants to investigate about who is the real receiver of his education. It will be decided about what does the Florentine really understood about the perfect citizen. Briefly, we will treat about the different pedagogical types that were commonly known in his time. We have to highlight that the works of this Florentine are still a subject of study in the politics field. Furthermore, thanks to his multidisciplinary vision, today is considered one of the fathers of the “New Politics Science”

Key words: Machiavelli, education, politics, history, legislation, virtue, fortune

3. Introducción:

En este trabajo se ha pretendido dar luz a la aportación educativa que Maquiavelo realizó en particular sobre dos de sus obras: *El Príncipe* y los *Discursos*. El pensamiento del diplomático florentino se fundamenta en la defensa de la “*verità effettuale*”, postura fundamental que surge, por otro lado, en contraste con el humanismo imperante. A su vez, dicha visión rupturista fue necesaria para definir parte de la filosofía política del Cinquecento. En medio de un contexto político tan inestable, como el que existía entonces, no es de extrañar que Maquiavelo armase su pensamiento de una manera diferente, buscando nuevas soluciones ante problemas que parecían venir repitiéndose desde el pasado.

No se puede dissociar de este análisis, ni su contexto, ni el deseo de afianzar una política fuerte para lograr la unificación italiana. Los elementos que el tratadista incluye como fundamento de la estabilidad, ante el nuevo Estado propuesto serán abordados en este trabajo, siempre desde la perspectiva educativa. Por supuesto, muchas de sus ideas entrarán en conflicto con la actualidad, así como con el modo de pensar del lector. Pero es óbice destacar, que lo que se pretende conseguir en este trabajo es una aproximación mucho más cercana a la aportación educativa.

Se entiende que, en muchos momentos, lo que aquí se pretende destruir es el aparente binomio sesgado -educación y política- pero unido irremediabilmente desde la Antigüedad, y más aún en Maquiavelo. En aquel contexto histórico, en el que se enmarca el funcionario, la educación no era entendida como una institución alejada del poder.

También es cierto que las obras de Maquiavelo pueden leerse como un corpus único, puesto que se debe tener en cuenta el factor tiempo, las ideas de uno a otro libro parecen disentir, pero realmente todo responde a un único pensamiento. Igualmente, fueron determinantes los hechos que definieron su vida, para consolidar las controversias que en ellas se presentan. Ejemplo de ello sea la especial dedicación que hace en *El Príncipe* de un modelo basado en el gobierno del principado. Mientras que en los *Discursos*, la República pasa a ser representada como el modelo ideal de bienestar. Pero es precisamente su controversia interna la que permite enriquecer su aportación y, quizás la que ha hecho, que pese a las objeciones de múltiples teóricos, siguiera siendo parte de la educación de múltiples personajes históricos.

Maquiavelo, al margen de ser una figura condenada a un cierto ostracismo, así como demonizada a lo largo de la historia, no deja de evidenciar la necesidad de una pedagogía adaptada a una época. El florentino defiende que una buena gestión del poder era la máxima expresión del triunfo educativo.

Bajo la estructura de una obra con un evidente cariz orientativo, Maquiavelo propone una línea realista de reflexión y de acción, frente a los inconvenientes que la corrupción del poder entretreía en una Italia convulsa y envuelta en la intriga dominante de las élites.

Maquiavelo es el docente político, capaz de ofrecer una guía de supervivencia. Basada ésta en la experiencia y en el tiempo, poniendo al pasado como fuente del proceso de enseñanza-aprendizaje. Otorga de valor la habilidad con que este permite el acercarse a una herramienta útil, como es la historia, expuesta al servicio de la evidente necesidad de un momento donde impera la conjura y la ambición. Males, que por otro lado se incluyen dentro del concepto de “fortuna”, representada por el libre albedrío, contra la que el guía del Estado deberá buscar la manera de alcanzar un objetivo equilibrado dentro de la virtud.

Bien es cierto, que este autor ha sido apartado durante mucho tiempo por la mala fama que le ha acompañado, y que justificará debidamente. En él se ha visto una figura amoral y defensora de un pensamiento educativo en pugna con la moralidad renacentista, impropia de la que sus contemporáneos proponían. Es más, tal ha sido su desaprobación entre los autores, que su nombre ha pasado a ser adjetivado, cobrando un significado asociado al ideal de la corrupción y el uso de las malas artes, para la obtención de un fin.

La falta de simpatía, de la que han gozado las obras del “secretario florentino”, ha hecho que sus aportaciones se limitasen únicamente al ámbito del poder. Pero el poder es el campo de estudio de la política y, la política, a ojos de Maquiavelo, era la nueva ciencia de la educación (Genovesi et ál., 2013, p.109). La época exigía a un líder, capaz de aunar el ideal del perfecto ciudadano en dos dimensiones, que ya fueron analizadas por algunos sofistas.

El fin último era y, así se mantuvo igualmente durante la época renacentista, la *areté*, es decir, la idea de la excelencia, que para Maquiavelo no era otra que la “*virtú*”. Para Genovesi, la obtención de la misma se debía al estudio sobre la política (*politiké*) y la educación (*paideía*), siendo Isócrates el primero en recoger este binomio, el cual considera indisociable (et ál., 2013, p.110).

En él no impera la necesidad de favorecer la exaltación únicamente de la virtud, sino también a la hora de aplicar una metodología, que tratándose de una época como en la que se contextualiza todo el corpus de su pensamiento, es única y le convierte en un ejemplo del potencial que posee la historiografía, apto como nadie para hacer de la historia un uso pedagógico excepcional como “*magistra vitae*”. Además de que consigue hacer reflexionar al lector que se prepara como discente a tomar una lección tan importante como la de buscar la moderación ante los vicios que la sociedad debe

erradicar mediante la acción del Príncipe. Además, Maquiavelo sabe expresar la capacidad de reflexión que otorga esta disciplina. Abusa de la misma con el fin de invitar al lector a interiorizar su pensamiento, como experiencia adquirida y a buscar una resolución factible ante los distintos eventos que propone.

Porque, ¿acaso no es ese el fin que todo docente pretende conseguir? Invitar a la reflexión, ofrecer ejemplos factibles que puedan servir de ayuda. Siempre desde la perspectiva de la libertad crítica, para invitar al alumno a trabajar su capacidad resolutoria. En pocas palabras: a generar un pensamiento crítico. Maquiavelo ofrece la libertad de ver las evidencias del pasado, para provecho de la experiencia que pueda suponer, a fin de considerarlas y, por tanto, aportar al alumno-lector una autonomía en cuanto a la construcción de sus reflexiones. Este modelo es similar al que actualmente impera en el ámbito educativo.

Ante la evidente finalidad educativa de sus obras, su fama desvirtuada ha podido frente a la importancia de su legado. Todavía, hablar de Maquiavelo sigue siendo objeto de prejuicio. De Maquiavelo hay un factor que hace que no se puede olvidar un hecho significativo: su influencia a lo largo del tiempo. Pese a haber sido prohibida la lectura de la totalidad de sus obras, así como de haber gozado de firmes detractores, sus lecciones políticas han sido tomadas como guía por muchos personajes históricos de gran relevancia. Puede tomarse como ejemplo de ello la versión apócrifa comentada de Napoleón sobre la obra de *El Príncipe*. Asimismo, aunque no de forma deseable, quizás lo que haya salvado a su obra de caer en el olvido, haya sido precisamente la fama inmerecida que le rodea.

¿Qué aportó la lección de Maquiavelo a su sociedad? Maquiavelo fue un ejemplo de lo que supuso, a nivel de concepción educativa, un movimiento tan transformador como el Humanismo. La obra es un análisis político del que no se puede obviar la parte social. Esta es ejercida desde un profundo análisis psicológico, en lo que autores como Genovesi tilda de “*ottimismo dell'intelligenza*” (2013, p.116). Pese a partir de una premisa de claro arraigo pesimista, confronta esa idea asociándola al realismo que las obras poseen. La mente humana está abocada al egoísmo y, por tanto, al vicio del que parte el propio ser humano. A través de su pensamiento, se pueden tomar actualmente algunas ideas psico-sociales sobre la forma en que el ser humano tiende a comportarse ante situaciones grupales o de extrema individualidad. Todo ciudadano convive dentro de una sociedad, atado en el seno del cumplimiento de unas leyes, capaces de promover el bienestar común.

3.1.- ¿Qué vinculación existe a priori entre Maquiavelo y la educación?

Tanto *Los Discursos* como *El Príncipe* son obras circunscritas al ideal de *paideia* dentro del marco histórico-social del Renacimiento. Cada obra por separado se presenta como un compendio de enseñanzas. El fin es el de promover la educación, de un político capacitado, para prever los problemas que pudieran surgir ante la inestabilidad política de su tiempo.

El objetivo de Maquiavelo no es otro que el de aleccionar y proveer al lector-alumno de los conocimientos necesarios que su experiencia le ha ido proporcionando a lo largo de los años. A fin de cuentas, no se puede olvidar que el sentido completo de dichas obras es enseñar algo, por lo que no se diferencia de la labor de los docentes actuales. Provee conocimientos, aplicando su experiencia para facilitar el acercamiento a dicha información. Es por ello que la obra de Maquiavelo es en esencia una obra con un claro objetivo pedagógico, donde se promueve la “*dignitas homini*” como vehículo del decoro. La “*dignitas homini*” será el medio vehicular que promoverá la exaltación del ser humano como imagen especular de Dios mismo, a través de la cual se llegará a la perfección. Esta posición fue defendida posteriormente por el filósofo Marsilio Ficino, padre conceptual del movimiento del Neoplatonismo (Bennassar, 1998, p. 71).

Además Maquiavelo es consciente de que debe aplicar una metodología que sea asequible y relativamente conocida para sus contemporáneos. Por ello emplea de base el género de los “*specula principum*”. ¿Qué queda de la influencia humanista en Maquiavelo? Una de las premisas básicas del Humanismo es retomar el ejemplo del pasado clásico -entiéndase la historia de Grecia y Roma-, con profunda dedicación, para romper con la imagen del hombre en el medievo. Es por ello que no se puede desligar la figura de Maquiavelo de la necesidad pedagógica, que el humanismo conlleva por sí mismo, ya que la enseñanza va a ser el motor del cambio esperado. El docente adquiere una nueva dimensión hasta el punto de convertirse en guía moral, siendo apto para promover el desarrollo de las virtudes y aleccionar sobre los vicios. Para ello la educación humanista basa la enseñanza en tres puntos: la lectura profunda sobre las fuentes, la asimilación a través de la metacognición y la imitación, con la meta final de conseguir superarlos.

Aunque, bien es cierto, que hablar de metacognición como tal, puede resultar contrario al tiempo que aquí se analiza, es decir, el Renacimiento. Sin embargo, la metacognición empieza a aparecer en el humanismo a través de la búsqueda del yo, de la reflexión interna, que muy bien plantea Maquiavelo a través de la construcción de su propia obra. Ya que sus enseñanzas parten de la propia reflexión de sus propias experiencias, con el fin de poder servir de guía a otros.

Además, el humanismo se adapta a la visión multidisciplinar de la educación, la cual cada vez gana más apoyos en el ámbito educativo. Considera que el ser humano debe ser formado en todo, porque en boca de Rabelais “la ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma” (Bennassar, 1998, p. 74). El humanista defiende la importancia de la ciencia y de las letras para convertirse en el modelo de perfección exigida en su tiempo. Maquiavelo no es una excepción, ya que como buen humanista apoya la formación a través de la historia como fuente de toda experiencia. Retomará el pasado para traerlo al presente, a modo de una Escuela de Annales temprana. En este sentido, el humanismo y, por tanto, el florentino seguirán la línea del “Trivium” medieval. Todo buen político debía distinguirse por el buen uso de la retórica y la dialéctica emulando al idealizado Cicerón, sin desprever su versatilidad en el campo de la gramática. Para Maquiavelo, no solo bastaba con educar en el ámbito de las letras, sino en la disciplina de la política y en su eco práctico en la batalla. La perspectiva de la que parte Maquiavelo, a diferencia de sus contemporáneos, parte de la premisa de que el hombre no es bueno por naturaleza. Es en este punto donde logra una distancia clave del análisis de la pedagogía humanista, de ahí que resulte novedoso aún hoy. Es en el capítulo XVII de su obra *El Príncipe* donde el tratadista habla de la naturaleza del hombre con más ahínco. Los hombres dada su condición natural tienden a emplear las malas artes para conseguir su beneficio. Es por ello que Maquiavelo propone que sea la educación del príncipe la que les permita aprender cuál es la bondad moral para volver a redirigirles hacia la virtud.

Tal y como señala Genovesi, el príncipe es un garante de la paz y por ello tiene que ser un “*remedium iniquitatis*” (2013, p. 110). Por lo que el príncipe no es solo una prefiguración del poder, sino un representante del Estado, siendo un ejemplo de la educación por sí misma. Posee la capacidad de aleccionar a través de sus acciones, con el fin de frenar el egoísmo innato al ser humano. *El Príncipe*, será, por tanto, en palabras de Pinchera una obra que recoge los principios básicos de lo que será “una guida illustrata per il perfetto uomo di stato” (Genovesi, 2013, p.110).

La metodología empleada por Maquiavelo en sus obras se plantea desde el punto de vista de la historia (Hernández et ál., 2012, p. 91). Maquiavelo emplea la historia con función educadora -propio de la disciplina humanista-. Dado que, a su juicio, la historia es cíclica y, así lo tiene presente durante sus aportaciones, observa el carácter ejemplificador y moralizante que esta disciplina puede aportar. Entiende que la experiencia pasada es la mejor maestra de la acción futura. Además, el razonamiento y, por tanto, la búsqueda de soluciones debe ser la fuente de motivación de su “alumno-lector”. En ello, también versa la forma en cómo abarca el conocimiento planteado, especialmente en *El Príncipe*.

En su dedicatoria en *El Príncipe* constata una de las aportaciones educativas más interesantes de la obra de Maquiavelo. Alega:

“No he encontrado entre mis cosas nada más querido ni más estimado que mis conocimientos sobre las acciones de los grandes [...]” (Maquiavelo, 2012, p. 35)

“Dado que no podría haceros mejor regalo que el de ofreceros la posibilidad de aprender, en poquísimos tiempo, lo que a mí me ha costado tantos años y tantas dificultades y peligros llegar a conocer” (Maquiavelo, 2012, p. 36)

Las estructuras de ambos libros no pueden ser equiparadas como tal. Sin embargo, sí son coincidentes, si se observan desde la perspectiva del pedagogo, en cómo primero plantea al lector las tipologías de gobierno que analiza. Posteriormente, se detiene en delimitar las diferentes subtipologías que existen del mismo, así como la forma en que pueden ser conservadas o, irremediamente, perdidas. Retorna a la Antigüedad en la parte central de las obras, para contrarrestar, bien en el propio capítulo o en posteriores, su visión con modelos cercanos a su experiencia y tiempo.

Maquiavelo al contrario que otros humanistas no apuesta por defender la moralidad a ultranza, sino que si mediante el uso de la inmoralidad se consigue mantener el bienestar del Estado, bien vale como premisa para conseguir lo esperado. De hecho, en el tratadista se produce una dicotomía “*per se*”, cuya unión ve inviable: la moral no debe formar parte de la política. Por moral, Maquiavelo muchas veces parece apuntar a la espiritualidad de la fe. En este sentido, la influencia del pensamiento medieval cobra lugar diferenciando con respecto a ambos poderes, pero sobre esto se realizará un análisis más pormenorizado.

3.2.- ¿Qué proyección educativa se pretende alcanzar con este análisis?

En este trabajo se parte desde la firme convicción de que Maquiavelo daba una pauta a lo que se empezó a través de la denostada asignatura de Educación para la Ciudadanía (EpC). Bien es cierto que, pese a haber sido un fracaso en cuanto a coordinación educativa, la idea en sí resulta muy pareja a lo que el tratadista propone a través de sus obras. La política es la herramienta fundamental sobre la que se sostiene el bienestar de una sociedad. Para Maquiavelo, dicho bienestar, no solo partía de unas leyes sólidas, sino, según el tipo de gobierno imperante, de la figura destacada que hubiera en cada caso.

En el caso particular de *El Príncipe*, la educación debía servir como canal de reflexión y acción, para así poder proyectar una tipología gubernamental afín a las demandas populares. Ya que aunque Maquiavelo se afane en describir las características y competencias de un príncipe, realmente tiene

en mente a otro destinatario no tan claro, aparentemente. Pretende educar, ya no a servir a un príncipe, sino ayudar a pensar a la multitud por sí misma. Esta es, sin duda, una de las aportaciones más reveladoras de su pensamiento.

Asimismo, otra de las vías que Maquiavelo ofrece como proyecto educativo es el de revalorizar el papel que las Ciencias Sociales deben tener en el marco de la actuación de una sociedad. Sin éstas, la fórmula social queda incompleta, ya que es la que ayuda a forjar dicho pensamiento libre y la que permite, a todos los efectos, demostrar el valor educativo que tiene el error. Y en eso demuestra su dominio, de forma admirable, a través de sus obras: la historia como fuente imbatible del valor del error-acierto. El error es el mejor maestro en el que se puede formar a un alumno, por lo que, aparte del papel tan importante que la historia toma como vehículo de la memoria, la relevancia de los actos pasados son los que determinan el presente. Estos deben ser mostrados para que sirvan de apoyo en el proceso de asimilación, puesta en valor y reflexión por parte de los alumnos.

Igualmente, el análisis de Maquiavelo posee una dimensión psicológica. Incluso, promueve los primeros pasos de lo que posteriormente probará la Neuroeducación: cómo enseñar para que resulte significativo lo aprendido y, sorprendentemente, la importancia de una buena autogestión. El tratadista redonda en la idea de promover el bienestar común y, para ello, todo ciudadano debe recibir una educación.

Una de las debilidades, a las que Maquiavelo no cesa de apuntar, es el que todo ciudadano debe evitar el caer en la búsqueda de su interés particular. ¿Qué relación tendría en principio este punto con la Neuroeducación? Promover la inteligencia ejecutiva y como ya se ha dicho, motivar la autogestión. Esta es la parte donde más se debe incidir para con los alumnos, ya que es la única que de una forma eficaz, va a formar ciudadanos libres.

Además, en esto queda encerrada parte de la idea de virtud que Maquiavelo resalta: evitar los “vicios” de la *fortuna*, para aprender a convivir con ellos, aprender a manejarlos y buscar soluciones factibles a cada situación. A fin de cuentas, en eso se basan sus obras: en enseñar, reflexionar, promover el pensamiento crítico y proponer la acción más adecuada ante dicho problema.

4.-Justificación:

Maquiavelo, como ya se ha expuesto anteriormente, es una figura que vive envuelta en su propio misterio, fruto de malinterpretaciones y de usos ideológicos descontextualizados. ¿Pero por qué Maquiavelo?, ¿por qué emplearlo como elemento para iniciar una reflexión sobre la educación? Para responder a estas preguntas, primero deben definirse qué aspectos son los que han llevado a

elegir a este autor y dos de sus obras más icónicas con el fin de iniciar un análisis dentro del ámbito educativo. Principalmente por cuatro razones: su universalidad, el alarde de realismo, su carácter atemporal y el proceso de aprendizaje.

Todo buen historiador -y lector- que se precie, en algún momento de su vida ha tenido un acercamiento a la obra de Maquiavelo. En un principio, Maquiavelo escribe una obra pensando en los gobernantes, porque así parece reflejarlo en la dedicatoria inicial de su obra más afamada. Sin embargo su intencionalidad en los *Discursos* es también formar a los ciudadanos, porque considera al “pueblo -gobernante” como un binomio claro que debe retroalimentarse para ser fructífero. Luego su criterio no es solo limitarse a aquellos que ostentan el poder único, sino a los que también comparten gran parte de su responsabilidad.

Aunque Maquiavelo no sitúa su obra dentro de un contexto, a pesar de sus referencias historicistas, el mensaje es fácilmente adaptable a la Europa de su tiempo. Él busca, como una gran mayoría de los humanistas, el conseguir una Italia fuerte, unificada, en aras de equipararse con otras naciones, pero también destaca los inconvenientes de algunas de ellas. A este respecto es profundamente crítico, no solo para con su Estado y utopía de país italiano, sino para con otras tipologías de gobiernos europeos.

Pese a tener ese ligero carácter utópico y, casi esperanzador de conformar una nación italiana, Maquiavelo es innegablemente realista. No solo porque parta desde una visión ejemplarizante de la idea del “fracaso-acierto”- bien a través de la historia, bien a través de su tiempo-, sino porque habla del ser humano y para el mismo. Desdeña profundizar en la fe, no porque él fuera un hombre desentendido de ella, sino porque comprende que la laicidad de su mensaje debe atenerse únicamente a lo que concierne a las acciones de los hombres.

La sociedad, el valor de la ley, la política, la reflexión precedente y derivada del ejercicio del poder... Todos son aspectos que forman parte de dicha realidad, y más cuando uno los aborda desde el punto de vista psicológico. Dicha perspectiva permite que sus obras sean fácilmente adaptables a cualquier tiempo. ¿Acaso estos no son patrones que hoy se pueden encontrar en un centro educativo actual? Existe una sociedad que comparte un espacio determinado al día, así como una política que lo rige -bien externa, bien interna-, que determinan sus normas. Además, tanto la sociedad, como la actual normativa son aspectos que pertenecen al ámbito educativo. Esta misma reflexión es la que Maquiavelo extrapola a su contexto, investiga y aporta soluciones a los problemas, que a fin de

cuentas están suscritos a la sociedad. Por estas razones su mensaje es realista y fácilmente adaptable.

Por consiguiente, si es fácilmente adaptable, significa que existe un condicionante, no solo universal, sino también atemporal. Es precisamente esta variable la que ha sido determinante para elegir a este autor y a sus obras como ejemplo de análisis educativo. ¿Por qué sigue siendo una obra de consulta actual tan empleada? Maquiavelo ha sido definido como el padre de la “ciencia política moderna” y no deja de sorprender el hecho de que un hombre del Cinquecento tuviera una clarividencia tan incuestionable a la hora de abordar el tema de la política social.

A diferencia de otros pensadores contemporáneos a Maquiavelo, pocos son los que han logrado despertar las filias y fobias que en él se han focalizado. ¿Por qué? Porque a diferencia de Erasmo o Baltasar di Castiglione, Maquiavelo hablaba por y para el ser humano desde “*il fatto*”, desde la realidad. Además, pese a que establezca un discurso desde la necesidad de su tiempo, no deja de emplear un diálogo que es afín al nuestro. Por eso es un mensaje que se mantiene universal, realista y, además, con carácter atemporal. Porque a fin de cuentas, está razonado para servir como aportación al sentido sobre cómo funciona la sociedad. Para él, la sociedad es única y, aparentemente inmutable, lo que cambian son las circunstancias y los medios que esta emplea para adaptarse. Respecto a este punto se incidirá posteriormente al abordar su visión cíclica de la historia.

Respecto al último aspecto que ha llevado a elegir a Maquiavelo como ejemplo de análisis ante la educación, se podría abarcar desde dos vías. En el primer caso, tanto en *El Príncipe*, como en los *Discursos*, existe una metodología con un fin claramente educativo: exposición del ejemplo histórico, contraste con hechos actuales de referencia -pueden darse en un mismo capítulo o no-, y aportación a modo de lectura moralizante. Y en segundo lugar, su discurso se ha adaptado para educar a través de muchas generaciones cumpliendo con uno de los ideales de lo que supone el proceso de enseñanza-aprendizaje: dar a conocer el pasado, para servir de ejemplo en el presente y con ello conseguir un futuro basado en la reflexión de los errores.

Como herramienta ante esto, hace uso de la historia clásica como ejemplo pretérito de lo que tuvo éxito y de aquello que sirvió como lección. La finalidad educativa, no está solo en su metodología, sino por ser casi un reflejo del sentido de la Escuela de los Annales. También se podría aplicar su visión metodológica dentro de las estrategias de aula, no solo para reforzar el liderazgo del docente, sino para vincular al alumno a sentirse representado dentro de un objetivo común.

Por otro lado, existe un factor que hace que Maquiavelo se erija como un benefactor de la historia. Por el uso de la rigurosidad que hace del pasado, pero de la historia que él mismo -e involuntariamente- ayudó a forjar. Es precisamente la controversia de su discurso la que motivó en muchos momentos enfrentamientos teóricos, que determinaron en casos concretos el determinismo de ciertos eventos históricos, por ejemplo: el uso que de su texto se hizo durante la Reforma y la Contrarreforma, la lectura apócrifa que de él hizo Napoleón, su lectura durante *Il Risorgimento* italiano, así como en la época de las grandes dictaduras mundiales comprendidas en la primera mitad del siglo XX.

No acontece a este estudio el valorar si las interpretaciones que de él se hicieron fueron favorables o no al desarrollo de la sociedad. Sin embargo, sí se tiene la intencionalidad de remarcar la enorme vinculación que tuvo para con el desarrollo de la historia hasta nuestra actualidad. Por tanto, Maquiavelo es indiscutiblemente una fuente de educación histórica, tanto por la finalidad de sus obras, como por su funcionalidad en la educación de la historia posterior.

Igualmente, también la elección de este autor se debe al sentimiento, que a uno parece despertarle cuando está leyendo cualquiera de sus obras. Siente la voz de un maestro atemporal que le indica las pautas impresas para su supervivencia, donde conviven el enfrentamiento entre el pensamiento del docente y la reflexión del alumno. Sin embargo, de esa dicotomía, Maquiavelo es capaz de mostrar una vía para el pensamiento crítico, aunque no se comparta ni tiempo, ni lugar.

5._Comentario a la legislación:

“Pues así como las buenas costumbres, para conservarse, tienen necesidad de las leyes, del mismo modo las leyes, para ser observadas, necesitan buenas costumbres [...] las leyes renovadas no bastaban para mantener buenos a los hombres; y hubieran sido más beneficiosas si, con la innovación de las leyes, se hubieran modificado también los ordenamientos” (Maquiavelo, 2015, p. 100)

A través de sus obras, Maquiavelo basa la educación de la ciudadanía en una sólida base legislativa común para todos y garante de la estabilidad. Además, la misma sería la encargada de llevar el peso de la educación de la moralidad del ciudadano. Antes esto, uno se pregunta si Maquiavelo vería las leyes educativas actuales como un fundamento de equidad entre todos los miembros de una ciudad. Tal como se ha descrito, de lo anteriormente recogido por él mismo, a veces la renovación de las propias leyes no muestran el beneficio pretendido, sino que por las necesidades del tiempo, en ocasiones requieren de cambios cualitativos y la clave reside para él en saber adaptarlas.

La normativa vigente mantiene esa base de renovación que Maquiavelo hubiera, en principio, esperado con cierto interés social -hasta la entrada en vigor de la futura reforma-, donde a riesgo de presentir alguna mejora, se prevé que seguirá ahondando en el mismo problema de base que se enunciaba con anterioridad. El corpus de la ley a analizar en las siguientes líneas, quedará determinado por los puntos manifestados en el preámbulo, compuesto por quince apartados, los cuales merecen un análisis crítico desde la perspectiva del tratadista, en contraposición con la realidad educativa que vive el país.

Desde el 2013 en que comenzó a ser aplicada, la legislación actual ha venido arrastrando una serie de lagunas que no se han terminado de solventar y que muchas de ellas parecen ser tratadas desde el pasado por nuestro teórico. Para Maquiavelo, tal y como hemos dicho, las leyes conformaban parte de los tres pilares fundamentales del Estado renacentista. Además de que la figura del gobernador, fuera príncipe o no, debía erigirse como gestor no solo del poder, sino de las leyes para evitar los vicios, tan perseguidos por la virtud.

Esto nos deja ante una pregunta de obligado enunciado: ¿es la legislación la asignatura pendiente de la humanidad? Sin duda, la legislación educativa sigue excluyendo el formar a los alumnos en el ámbito de la política, lo cual es contraproducente. Cuanta mayor sea la formación de una ciudadanía en política y leyes, mejor soporte y atención darán al bienestar social. Seguramente, ante este caso, Maquiavelo tomaría el discurso de Solón para recalcar el poder de la ley como fuente educadora.

Se ha legado demasiado peso sobre la figura del político y la ciudadanía ha olvidado su deber para con el conocimiento de la legislación. Solo desde lo conocido se puede superar lo adverso. Es un ejercicio al que todo ciudadano debería estar ligado. Conocer las leyes es reafirmarse en el ejercicio de representación que estas tienen sobre el conjunto de los ciudadanos. Si de base las leyes son la plasmación del pensamiento popular, acorde con las necesidades que el tiempo exige, ¿en qué lugar queda la ciudadanía al no conocer la normativa?, ¿debería existir un espacio en la educación para ello?, ¿en qué momento hemos dejado que la ley prevalezca ante la demanda ciudadana? Precisamente, por la falta de interés que existe por su parte, dado que no se alimenta en la educación, el conocimiento que versa en el ejercicio de las mismas es nulo.

Desde el punto de vista de la república, que Maquiavelo eleva al modelo político ideal, el respeto a la legislación no es sino la aceptación plena de lo que la ciudadanía ha acordado defender. En este punto, deberíamos preguntarnos si en la actualidad el motivo de tanto descontento es precisamente porque no representan las bases de lo que pide la sociedad. Del mismo modo, toda decisión indivi-

dualizada que se tome en pos de dicha legislación, deberá hacerse estrictamente desde el respeto al conjunto de ciudadanos. Maquiavelo defiende que el uso de recursos más extremos deberán ser empleados, una vez se muestren como ejemplo de la unanimidad convertida en el único medio de expresión del poder popular (2015, p. 20). ¿De qué recursos extraordinarios se vale esta ley frente a las anteriores? A continuación, se procederá a analizar aquellos puntos, que se consideran más críticos, para lo que sería una correcta adaptación a las necesidades del ámbito educativo y, por tanto, necesarios para cubrir las demandas de la sociedad para con la educación.

En el primer apartado del preámbulo se plantea la idea de centralizar la educación con la mirada puesta en el alumno, el cual debe -y es-, la espina dorsal del ejercicio que aquí ocupa. Pero la defensa que se hace en esta ley para formar personas autónomas, capaces de desarrollar un pensamiento crítico, se ha mostrado contraria a lo que sucede en las aulas. La LOMCE ha limitado el proceso de enseñanza-aprendizaje al ejercicio de las competencias clave que se desarrollan en el corpus del mismo. Estas competencias responden a un fin, que no es otro, que realizar una homogeneización en el perfil del alumno para promover la idea de inclusión, pero que realmente no hace, sino disfrazar la idea de que lo que es homogéneo es bueno, frente a la divergencia natural que por definición, las personas presentan.

5.1.-La equidad y la calidad: dos caras, ¿una misma moneda?

Una realidad palpable es que la idea de equidad, que se promueve en la LOMCE, es incapaz de generar una defensa sólida, que de ella hace sobre la incentivación del pensamiento crítico. Habría que diferenciar en relación a este concepto la forma en que la educación permite el acceso a los conocimientos, así como la defensa que hace de la idea de igualdad en el acceso a la misma. Además, sería interesante estudiar la forma en que, la LOMCE engloba dentro del concepto de equidad a uno de los pilares, sobre los que tuvo que incidir esta reforma educativa: la inclusión de todos los alumnos. De forma estructurada, se procederá al análisis de cada uno de los aspectos que se plantean en relación a este concepto, con el fin de determinar si su aplicación es posible en la educación actual.

En primer lugar, la forma en que se accede al conocimiento, en la actualidad, no se realiza de forma homogénea por parte de ningún alumno. A este respecto, haciendo uso de las últimas puntualizaciones que la Neuroeducación señala, así como hizo la teoría de las inteligencias múltiples, ningún alumno aprende al mismo ritmo que otro. Por tanto, la educación no puede, ni debe, estructurar el acceso al conocimiento de forma única para todos. Debe potenciar dicho conocimiento a través de diferentes metodologías, las cuales se ajusten al tipo de aula en el que se imparte. La LOMCE pre-

tende potenciar una educación personalizada, pero la realidad es que, precisamente, pese a que el currículo establezca cuáles son los conocimientos mínimos que deben impartirse, no existe una homogeneización en el aprendizaje.

La ley parece remarcar los límites de lo que debe ser el sistema educativo, tomando como objetivo reducir el currículo hasta la ridiculización del conocimiento. Esto se ve reflejado en la calidad conceptual de los libros de texto. Dicha calidad de los mismos aparece limitada por una evidente reducción y simplificación de los temas, los cuales sirven como apoyo al alumno para acercarse a las distintas disciplinas. La parquedad de los conceptos hace que los alumnos se queden en la superficie, en lo que podría motivarles a una aproximación más afianzada hacia una investigación personal. Esto les promovería a desarrollar dicho pensamiento crítico, en base al que la ley señala, pero la cual no promueve.

Las herramientas que se facilitan al alumno son escasas y oscuras, porque tal y como se constata, por regla general, el alumno no se ve capaz de construir un hilo conceptual claro, ante la brevedad de la información que los libros facilitan. Al principio se instauró la novedad de las TIC en el aula como adalid de esa revolución educativa, pero a la postre, ha quedado como un firme elemento de dispersión, no ayudando al alumno a afianzar dichos conocimientos. ¿En qué está incurriendo por tanto la normativa vigente? Al alumno se le está privando del suficiente tiempo que requiere la asimilación de dichos conceptos. Se prefiere incentivar un aprendizaje de carácter sistemático y capaz de ofrecer resultados cuantitativos, en lugar de un aprendizaje significativo con resultados cualitativos.

También es consabido que la equidad puede entenderse desde el punto de vista de cómo se accede a la educación. La LOMCE plantea un espacio digno de esta característica en el marco de la escuela pública. Sin embargo, olvida que al hablar de equidad no se puede tomar solo como referencia a esta tipología de centro. Tal y como defiende la ley en este punto, se incide con ahínco en defender a dicha tipología como “valedora de justicia”. Mientras, el resto de opciones se ven expuestas a quedar tildadas de “injustas” y absueltas de cualquier idea de igualdad.

Si solo mediante la escolarización en los centros públicos se puede ver reflejado el modelo propuesto “de la moneda de dos caras” que describe la ley, ¿por qué los datos de escolarización actual se siguen contraponiendo a lo defendido en la misma? En España existen actualmente 7457 centros en los cuales se imparte la Educación Secundaria Obligatoria, de los mismos se extrae que 4250 son de carácter público y 3207 de carácter privado -incluyendo los concertados-. Por otro lado, 4732 cen-

tros imparten el Bachillerato a nivel nacional, de los que se extrae que 3140 son de carácter público, frente a los 1592 que se dan dentro del carácter privado.

Lo que se traduce de esto, en el caso concreto de los alumnos cursantes de Secundaria a nivel nacional, es que la mitad de las familias españolas también eligen -y en un porcentaje muy próximo- a las instituciones de carácter privado para inscribir a sus hijos. Sin embargo, la brecha se vuelve más acusada para aquellos que deciden optar con amplia mayoría por realizar el Bachillerato en centros públicos. De esto se desprende una duda que la ley no parece contemplar: ¿Se puede circunscribir entonces la idea de equidad y justicia social solo a los centros públicos? ¿Cómo queda recogido el papel de los centros privados en la educación?

¿Cuál es la amenaza real de la normativa vigente con respecto a la equidad? En el apartado tres del preámbulo se apunta a la diferencia que existe entre aquellos alumnos, que no pueden acceder al conocimiento, como uno de los escollos a salvar en esta nueva reforma educativa. Por supuesto que la falta de recursos es un elemento contrario a la igualdad, pero no se puede enarbolar una reforma, como adalid del bienestar democrático, puntualizando solo en la idea de que la equidad y la calidad son el anverso y el reverso de una misma moneda. Se podrá dar una educación que “equipare” en conocimientos a los alumnos, hasta cierto punto. Un ejemplo de ello se plantea ante un caso como el de un alumno que desea seguir estudiando el Bachillerato y por falta de recursos familiares se ve imposibilitado. El actual sistema educativo le planteará la opción de optar por la vía de las ayudas. Más aún, si ese alumno, por circunstancias, no obtuviese la beca solicitada, quedaría circunscrito a una clara falta de igualdad de oportunidades.

La educación actual debería promover la igualdad de acceso, pero la realidad la describe diferente. No todos los estudiantes aprenden por igual -como es sabido-, por tanto no se pueden emplear los mismos recursos didácticos para todos ellos. Ahí es donde se está incurriendo en un problema que no hace sino acelerar el temprano abandono escolar. Este no se produce una vez se hayan ido los alumnos de las aulas, ya que los docentes son, plenamente conscientes, de aquellos alumnos que van a continuar al llegar a la última etapa del ciclo de Secundaria. En cambio, se prefiere ayudar a aquellos que sí van a contribuir al desarrollo de la imagen del centro, solo por el hecho de querer continuar estudiando el Bachillerato.

En muchos casos, la respuesta deviene de la afirmación de que de ello depende el salario de los profesores que también se dedican a impartir dentro de esta etapa educativa. ¿Qué modelo de educación se transmite de estas prácticas?

Es equidad hasta que deja de tener un trasfondo económico, donde ya la igualdad se justifica con la voluntad de un criterio de elección del alumno -principalmente en los centros privados-. Sin embargo, se deja atrás -de forma consciente- a aquel que no va a contribuir a generar una buena imagen del centro. Maquiavelo, confrontando la idea de centro al de sus modelos de república, define en su obra *Discursos* cuáles son los dos modelos de dicha tipología gubernamental. De su clasificación, se podrían definir: el modelo inconformista e innovador, y el conformista y conservador (2015, p. 51). A este respecto, Maquiavelo es muy posible que se decantase por el primero. Quedarse únicamente en lo conocido implica muchos más peligro de perder lo que se tiene, que aventurarse a mejorar y ampliar las fronteras educativas. Sin embargo, a este respecto daría un matiz, ya que como dice el secretario florentino “para construir una república muy duradera, el método es ordenarla interiormente” (2015, p. 57).

En caso de que se produzca un período de inestabilidad, si se tienen bien estructurados los pilares de la educación, se podrá mantener mejor ¿Queda la LOMCE definida como un modelo innovador o conservador?, ¿incentiva esta normativa modelos educativos adaptados a las circunstancias actuales? Más aún, ¿se promueve la capacidad innovadora del sistema educativo actual?

Se vive en el mundo de la educación al servicio del marketing. Con base en un ámbito, que se vanagloria en rescatar la propia LOMCE, a la hora de determinar la empleabilidad de los alumnos. Si estos representan los patrones normativos, pasarán a conformar el ideal de un modelo laboral, que no solo le contratará en puestos de calidad, sino que le habrá permitido adquirir la competencia de emprendimiento. Todo esto se adscribe a un fin, que no es otro que, llevar a una nación que representa a un grado de paroxismo patrio tal -necesitado de la aprobación internacional-, pero sin representar la veracidad de las aulas.

El modelo que propone la LOMCE, en palabras de Maquiavelo, se habría quedado estancado a caballo entre ambas propuestas. Mantiene un carácter innovador a la hora de incentivar modelos de emprendimiento -véase la competencia homónima-. Sin embargo, sigue sin promover departamentos de I+D en la educación para llevarla a liderar modelos de innovación, en beneficio de la misma y, por tanto, de las futuras generaciones. Y eso era algo que Maquiavelo vería contraproducente, ya que como recoge:

”[...] como no se puede, en mi opinión, mantener el equilibrio ni quedar indefinidamente en el justo medio, es preciso, al establecer la república, tomar el partido más honorable, y organizarla de

modo que, cuando la necesidad la obligue a engrandecerse, pueda hacerlo, y sea capaz de conservar lo que conquista [...]” (2015, p. 58)

Además de que, como parece defender la LOMCE, se sigue buscando el crear patrones normotípicos de alumnos que se ajusten a lo que demandan unos pocos, en lugar de promover la libertad de criterio aportando las herramientas necesarias para ello.

La gran amenaza, por tanto, ya no es solo la falta de recursos a la que se enfrentan las familias; para poder cubrir los gastos de la educación; sino a la enfermiza necesidad que ha ido acumulando la educación española. Es la necesidad de aparentar un modelo educativo que no se ajusta a la realidad de este país. Más aún, dar respuesta a la estricta necesidad de homogeneizar a todos los alumnos. Por supuesto que la globalización ha contribuido a que se tengan que adaptar antiguas formas de enseñanza, pero también ha habido un enriquecimiento sustancial. En especial, esta puntualización recae en parte de otras tipologías educativas, por el hecho de querer formar a los mejores.

Lo que se ha derivado de toda esa capitalización, extraída de la educación, es lo que viene siendo la meritocracia. Bien es cierto que la meritocracia, bien orientada, puede ser empleada como un filón educativo capaz de potenciar una competitividad sana y natural en los centros. Se puede hacer con el fin de incentivar la motivación de aquellos alumnos que quieren ver recompensados sus esfuerzos. Sin embargo, no es a eso a lo que se opone esta crítica, sino al punto en que la meritocracia se ha convertido en el *modus operandi* de un sistema educativo, el cual vive por y para la acumulación de títulos. Este sistema, que actualmente dibuja los patrones selectivos de la sociedad actual, no llevan sino a frustrar a aquellos alumnos que, por falta de oferta en el mercado, se ven obligados a tener que desempeñar puestos en los que están sobrecualificados.

Se ha vuelto, de nuevo, a buscar la vía del marketing para hacer fortuna a base de la educación. Se busca en la equidad el sello de calidad, que no hace sino discriminar a aquel alumno que no puede optar al mismo. Por tanto, ¿es la igualdad la base de la educación actual? La realidad demuestra que dado el sistema educativo, que actualmente impera, es muy difícil llegar a establecer esa idea de equidad. Quien ha podido continuar con su formación en el tiempo, han sido aquellos estudiantes cuyas familias han podido permitírselo.

La desigualdad, por tanto, que habita en el ámbito educativo, muchas veces demuestra que los que triunfan no siempre son los mejores, sino aquellos que disponen de más recursos y, por tanto, de mejores contactos. La pregunta, por tanto, sería si podemos romper la utopía de la igualdad educativa. ¿Qué medidas deberían tomarse para que de una vez por todas pueda tomar partido en la reali-

dad? Asimismo, llama la atención el porcentaje de financiación tan bajo del que se ha dotado al ámbito educativo en los últimos años en nuestro país. Mientras que según los datos facilitados en el último informe del Ministerio de Educación y Cultura de España, sigue manteniéndose desde el 2016 por debajo de la financiación media concedida por otros países (2019, p.63).

¿Podría un Pacto educativo establecer las directrices hacia una cierta igualdad? Maquiavelo era favorable a la renovación. Tal y como se ha señalado anteriormente, concebía la revisión de las mismas como una forma salutífera de reconducir las alteraciones que se hubieran desencadenado al origen. También determina que desde el mismo debía comenzarse la construcción de un proceso sincero de renovación:

“Y por eso están mejor organizadas y tienen una vida más larga las que, mediante sus instituciones, se pueden renovar a menudo, o que, por cualquier circunstancia ajena a sus ordenamientos, llegan a dicha renovación. Y es más claro que la luz que, si no se renuevan, no pueden durar” (Maquiavelo, 2015, p. 341)

Pese a que esta idea ha sido puesta sobre la mesa en varios plenos, la resolución de la misma sigue quedando en manos de aquellos que no participan directamente del ejercicio docente. Un pacto educativo sería productivo a la hora de determinar una base común a todos los agentes educativos. Sobre ella ir edificando una base sólida e igualitaria, en lo que al proceso de enseñanza-aprendizaje se refiere.

Establecer unos cimientos educativos, posiblemente, serviría para aportar un mismo punto de arranque a todos. De esta forma se podría empezar a señalar las diferencias de forma mucho más evidente. Lo que sería más deseable, si cabe, sería el tratar de solventarlas. De una forma similar comenzaron su reforma educativa países europeos como Finlandia -punteros en lo que a educación y resultados se refiere-, donde se estableció un pacto común a todos basado en la tradición y el carácter revisable de sus leyes.

Dicha revisión, como es sabido, se realiza con el fin de adaptar la educación a los cambios sociales que van dándose. Es por ello que la educación, si pretende hacer de la equidad un objetivo, debería responder a los parámetros de la innovación educativa tal y como Fernández Navas la define, a saber: 1) Que exista una mejora real, 2) que los cambios respondan a las finalidades compartidas y 3) que exista una coherencia en el desarrollo de las actividades y los conocimientos (et ál., 2018, p. 31).

La LOMCE se muestra como una firme defensora de las evaluaciones y de hacer repetir a aquellos alumnos que no hayan adquirido los conocimientos mínimos. Además, un ejemplo de ello es el firme respaldo que ofrece a determinadas pruebas, como las concedidas por la OCDE. La define veladamente como una herramienta que cuantifica los estándares de calidad internacionales (Ley Orgánica 8, 2013). Es posible que Maquiavelo viera peligroso el apoyo que hoy se le brinda a la intervención de algunas instituciones internacionales. La labor de estas se revelan como valedoras del proceso de educación, dentro de un marco que no es el actual: “cuando una parte de los ciudadanos recurre a la ayuda de fuerzas extranjeras, la causa es un mal ordenamiento jurídico, que no incluye la manera de poder canalizar los humores nocivos que se producen en los hombres” (Maquiavelo, 2015, p. 62).

Bien es cierto que esta opinión se produce desde la mirada y análisis de un contexto histórico determinado, que hoy no tendría eco en la realidad, pues podría malinterpretarse y llevar por unas vías que no son las que aquí se pretende demostrar. Si bien es cierto, que de lo que se recoge en Maquiavelo, se podría extraer una posible vía de estudio. Dicha vía estaría en relación al peso que van ganando las intervenciones de algunas instituciones con carácter internacional, con el fin de definir algunas líneas de investigación educativa. Sin embargo, aunque sus aportaciones deberían ser tenidas en cuenta como fuente de estudio y guía, para buscar un carácter universal de la educación, no siempre se cumple.

En la base de la educación de un país deberían pesar siempre las características culturales y circunstancias climáticas que lo definen. La idiosincrasia de una cultura es la que define, por lógica, los parámetros educativos a recorrer. No se puede extrapolar un mismo modelo de un país a otro, donde las horas de sol y el clima son determinantes. Por ello, se considera que tomando como referencia las palabras de Maquiavelo, en este caso, a lo que él denomina “fuerzas extranjeras”, debería traducirse como “circunstancias culturales”.

Aunque lo más peligroso viene, tal y como define la LOMCE, el modo en que debe producirse la adquisición de estos estándares. La forma en que discrimina el potencial papel laboral del alumno por el grado en que se ciña a ellos, no muestra una vía defendible dentro de la equidad. Tal y como se recoge en la ley, aquellos que no lo hagan quedarán relegados a un puesto de menor nivel o, directamente quedarán sentenciados al desempleo. Respecto a lo que la OCDE ha determinado como una prueba única de aptitud recogida en el Informe PISA ¿Se puede medir la aptitud de un alumno en una sola prueba? ¿Es lícito limitar el paso de las mismas a dos únicas competencias? Los informes PISA no pueden ser entendidos como informes de calidad, porque no la buscan de base. Ni

tampoco pueden erigirse como ejemplos de igualdad, porque no la fomentan. Las competencias que defienden estas pruebas -comprensión lectora y competencia matemática-, no pueden ser un ejemplo claro de lo que es capaz de desarrollar el alumno. La calidad de un alumno, el cual se ve relegado como un mero producto por las mismas, no puede depender de dos únicos parámetros que lo único que delimitan es su futurible empleabilidad. ¿Dónde queda el alumno como ciudadano y como ser humano? No se está negando que el alumno deba adquirir unos conocimientos mínimos y comunes al resto de sus compañeros, pero si se quiere enfocar la educación hacia un ámbito más personalizado, no se puede pretender catalogar a un alumno de 3ºESO dentro de unas pruebas cuya única finalidad es segregar en base a unas calificaciones.

Además otro de los puntos que defiende la LOMCE es la insistencia en poner pruebas externas para fomentar la neutralidad de los resultados. A este respecto, si lo que se buscan son resultados efectivos y neutrales, podrían ser una herramienta interesante de calificación. Pero, si lo que se pretende es evaluar el grado de adquisición y asimilación de lo aprendido por el discente, la educación se encuentra ante un momento en el que los exámenes empiezan a encontrar cada vez más detractores en lo que a su práctica se refiere.

Sin embargo, donde la equidad empieza a ser una materia de discusión es en lo concerniente a las pruebas de fin de ciclo, principalmente en las de la EvAU. Si lo que se pretende es buscar la igualdad de los alumnos a nivel nacional, ¿por qué se siguen produciendo diferencias entre Comunidades Autónomas en cuanto a modo de evaluar?, ¿por qué no se busca la homogeneización de la prueba en base a un mismo modelo estatal?, ¿por qué no se unifican las bases curriculares de todas las comunidades?

La incongruencia de la LOMCE es que pese a servir como fundamento, después permite que su aplicación se vea diversificada en otros anexos de carácter subsidiario. Esto se realiza con el fin de acoplarse a los sistemas educativos que rigen en cada una de las comunidades -a excepción de las asignaturas de carácter cooficial-. El gran escollo es ¿cómo se puede hablar de un sistema educativo nacional equitativo si no existe unidad en materia al respecto entre las comunidades?

Otro de los puntos recogidos en el apartado primero de esta ley versa sobre el talento y su importancia para alcanzar la excelencia. Para que exista calidad educativa, debe haber cierta idea de competitividad, aunque para ello haya que incentivar la excelencia desde la igualdad de oportunidades. Pero si el acceso a la “excelencia” actual queda determinado por el aporte económico, la idea de equidad se reduce. La educación privada, bien sea financiada en parte con fondos públicos o no, ya

es un obstáculo que muchas familias no pueden salvar. Los criterios de acceso a esos centros ya no promueven los principios de equidad e inclusividad que tanto defiende la LOMCE.

¿Cómo sugiere la LOMCE que se fomente la equidad por tanto? En teoría, la ley aboga por defender la universalidad de la educación. Un alumno procedente de un entorno de clase media-alta y uno de baja debería tener el mismo derecho a solicitar plaza en cualquier tipología de centro. La realidad es diferente por los criterios de acceso que anteriormente se han mencionado.

¿Es la educación actual inclusiva? Evidentemente no, porque el entorno de ese alumno, la capacidad económica y social de esas familias, ya determinan el futuro educativo del mismo. Se vuelve a hablar, por tanto, de que aunque la escolarización ya esté generalizada, la educación sigue teniendo un componente elitista más que notable.

En el tercer apartado de la normativa legal, se habla de uno de los puntos, que más relevancia toma, ya que habla de establecer los estándares de calidad de la educación nacional en base a los internacionales. Este punto es tomado casi como condición *sine qua non* para poder optar a un puesto “de calidad” en un futuro laboral. El alumno, recogido por la LOMCE, queda retratado como el perfecto empleado. Este debe estar capacitado para saber trabajar en una empresa que busca solo la excelencia de aquellos que han podido alcanzar la calidad. Esto se dará siempre que sea dentro de una educación digna de unificarlos bajo los mismos parámetros democráticos.

La educación que trae de base dicho empleado es el perfecto motivo para servir de escarapate a una nación, que mediante el progreso, busca competir con el resto del mundo. Con un trasfondo donde prima el ver quién sirve, con mejores propósitos, al sentido educativo pautado. El pensamiento crítico queda incapacitado por un contador de valores restringidos, únicamente, a potenciar aquellas competencias que sí encajan en el sistema. ¿Debe ser la educación española, por tanto, transformada en base a las premisas internacionales?, ¿son los informes internacionales una visión veraz de lo que conforma la educación?

Además, en lo que respecta a calidad, existe un tema que sigue generando controversia entre los propios agentes educativos: la formación del profesorado. Como sucede en otras profesiones, la calidad de un profesional debería medirse -entre otras cosas-, por el grado de adaptabilidad que tiene ante los avances. Tal y como ha evidenciado la situación actual, los profesores deberían ser capaces de cubrir las necesidades que se van demandando, como se destaca en el apartado XI del preámbulo. La educación, como sabemos, no es una profesión estanca, sino evolutiva. El problema que comprende la educación actual es la falta de recursos que existen para poder ofrecer esa formación

continúa dentro de nuestro profesorado. Más aún, la falta de disponibilidad que muchos docentes tienen para poder dedicarle tiempo a la misma.

Si no existen recursos suficientes y no hay una forma común de ajustar esos cursos de adaptación, es de obligatoria necesidad que se realice una reestructuración del ámbito laboral docente. Actualmente la globalización ha traído consigo un cambio considerable a través de la tecnología, pero son muchos los docentes, los que imposibilitados ante la falta de tiempo, no han podido ver cumplimentados ese proceso de adaptación.

La normativa vigente y el sistema educativo actual deberían procurar la existencia de una formación paralela a los docentes. Se debería evitar incurrir en posibles desfases que puedan serles contraproducentes para el ejercicio de su labor, como los que han sucedido durante esta crisis. Pese a que la LOMCE parece encajar únicamente la formación educativa en referencia a las TIC, la aparición de nuevas metodologías marca un rumbo de adaptabilidad que requiere de un esfuerzo adicional por parte del docente. La integración de las mismas en las aulas es un proceso lento en el que se deben invertir horas para comprender la funcionalidad y viabilidad de las mismas. En muchos centros educativos, no se dispone de material formativo y, mucho menos, de personas capacitadas para formar en esta cuestión.

A este respecto, la situación actual que se ha vivido en nuestro país, no ha hecho sino evidenciar la brecha real que existe entre alumnos y la falta de equidad que hay en el acceso a Internet. Se habla de equidad sin proveer las herramientas necesarias a los alumnos, volviendo de nuevo a reseñar las diferencias que, por desgracia, existen entre las clases sociales.

Para muchos docentes, ha supuesto un esfuerzo adicional el tener que cubrir la falta de recursos de sus alumnos, adaptando su tiempo a las necesidades de los mismos. Tampoco ha sido fácil construir nuevas metodologías, en tiempo récord, para poder ajustarlas a las circunstancias de dichos alumnos. Por lo que la situación ha supuesto un duro golpe de realidad para los docentes. La gran pregunta que versa hacerse en estos casos es: ¿dónde ha quedado la preocupación de los centros educativos por comprobar la situación real que tenían sus alumnos?

Incluso también ha quedado en entredicho la formación del profesorado, quienes por su falta de formación en el ámbito tecnológico han tenido que adaptarse de forma rápida a un sistema que lleva años en funcionamiento. Luego la intencionalidad de la LOMCE de equiparar a todos bajo la revolución de las TIC ha quedado en tela de juicio.

5.2.- El talento

Existe un término, no menos controvertido, como es la idea del talento que promueve la LOMCE. Tal y como define la RAE en su tercera acepción: el talento se define como aquella “*persona inteligente o apta para determinada ocupación*”. En base a lo que se define de ambas partes, el talento ya actúa como un elemento diferenciador de por sí. Esto promueve que alguien destaque por algo y, por tanto, quede ya, irremediabilmente, separado del resto. Luego, si según la LOMCE se debe procurar contar con aquellos mecanismos que nos permitan diferenciar los talentos, se tendría que aplicar un sistema de segregación que invalide al que no lo posee.

El talento, por lo tanto, queda, en según qué casos, invalidado como elemento de equidad. Por naturaleza, tampoco se puede aplicar como un elemento que mida la justicia social. Aquello a lo que la LOMCE llama “oportunidades” debería ser traducido como “recursos”. Hay que considerar que muchas veces la posesión del talento no garantiza el acceso a una educación de calidad. Por desgracia, no es una condición “*sine qua non*”, sino que va limitada en función de los recursos que se tengan. Luego la afirmación, que del primer apartado se deriva, de que solo un sistema de calidad, inclusivo, integrador y exigente, garantiza la igualdad de oportunidades (Ley Orgánica 8, 2013), es una incoherencia. Esto no hace sino profundizar en la brecha que diferencia a aquellos alumnos que no gozan de los mismos medios.

Un término, que será abarcado con mayor detenimiento en este ensayo, es el tan controvertido de la “*virtú*”. Abordado por Maquiavelo en sus obras de *El Príncipe* y los *Discursos*, donde es imposible no equiparlo con la idea del talento que se deriva de la LOMCE. Los que logran alcanzar sus metas a través del esfuerzo del talento, dice, consiguen mantener por más tiempo lo obtenido. Sin embargo, también señala que aquellas dificultades que puedan tener, nacen en parte de las nuevas leyes (Maquiavelo et ál., 2012, p. 63). Aunque bien es cierto, que la virtud de Maquiavelo dista mucho de la idea de excelencia. A este respecto, sigue manteniendo el concepto de “*areté*”, definido con mayor claridad por Platón en *La República*. Ya que de ser realmente el talento un signo de virtud, como elemento incluso asociado a lograr la calidad y la equidad, este buscaría el bienestar común. Por tanto, sería más una herramienta social, que un elemento diferenciador, tal y como la LOMCE lo define.

Según como lo plantea esta ley, la idea del talento se aproxima más a la idea de la *areté* como ideal caballeresco de la excelencia, asociada a una conducta de perfección. Distante, por ello, al sentido clásico de lo que devino desde Homero, es decir, como sentido vinculado a la *paideia* y a la *politeia*

(Ortega Gutiérrez, 1999, p. 59). Por tanto, el talento en este caso no busca incentivar la virtud educativa, sino el sesgo de los que valen y los que no. En resumen, los que son dignos de representar a una sociedad cara al escaparate internacional y los que no. ¿Qué intencionalidad se busca motivando tal división? Tal y como se ha apuntado previamente, no se puede hablar de inclusión y buscar el contrapunto de la misma en la idea del talento.

5.3.- Educación para la ciudadanía: el legado perdido de la educación científica de Maquiavelo

“De este modo, pues, cada gobierno implanta las leyes en vista de lo que es conveniente para él: la democracia, leyes democráticas; la tiranía, leyes tiránicas, y así las demás. Una vez implantadas, manifiestan que lo que conviene a los gobernantes es justo para los gobernados, y al que se aparta de esto lo castigan por infringir las leyes y obrar injustamente.” (Platón, 1872, 338e-339a)

Con respecto al punto catorce del preámbulo, la obra de Maquiavelo podría servir, enteramente, como hilo argumentativo, de lo que la LOMCE determina como: Educación para la Ciudadanía democrática. El secretario florentino es el creador de la “*Ciencia política moderna*” y, como tal, su intención era basar la misma “en la ética o bondad de los fines” (Uscatescu, 1969, p.117), a través de los medios requeridos. Como se ha dicho anteriormente, esta nueva ciencia moderna parte de la educación como sistema necesario para formar, no solo al ideal de gobernante, sino a la propia ciudadanía. Es muy probable que Maquiavelo tuviera el ideal de formar de manera conjunta a todos los ciudadanos para poder argumentar sus leyes en beneficio del Estado. Habría aprobado la existencia de la visión en que la ley defiende la forma de lograr la libertad: “La voluntad humana libre es el factor primordial de toda acción, ya que solo la mitad de nuestros actos está dominada por la fortuna” (Uscatescu, 1969, p. 119). En resumen, se busca la inclusión de todos sus ciudadanos y el hacer valer la ley.

La LOMCE habla de “ayudar a superar cualquier tipo de discriminación”, pero, por el contrario, la aplicación de la misma resulta excluyente. A este respecto, Maquiavelo consideraría aberrante que esto se produjera dentro de una misma sociedad. El Estado no debe dejar a nadie atrás en lo que constituye su desarrollo y su mantenimiento. La actual ley, por tanto, no contempla el dar aportaciones tangibles para cubrir las lagunas anteriormente mencionadas. Tampoco deja que sean las demandas de los ciudadanos las que suplan dichas faltas. Maquiavelo menciona dos puntos de especial interés y, que para él son indisociables, de lo que pretende ser su ciencia política: la autonomía y la laicidad del Estado. Para la educación se considera fundamental la primera acepción, ya que

para que se produzca tal autonomía, debe existir una correlación directa entre todas las piezas que conforman el Estado. La igualdad y la justicia deben ser valores asociados a la misma. ¿Actualmente existe dicho trabajo conjunto?, ¿se incide en formar ciudadanos o futuros trabajadores?

Para Maquiavelo es posible que no existiera actualmente un reflejo claro de ese trabajo. El pensamiento crítico ha desaparecido de las aulas. Aparte de la falta de tiempo y atención que se le concede a la formación como sociedad de los alumnos, existe una fractura vertical muy evidente. El gobierno no se concede la oportunidad de trabajar en consonancia con las instituciones educativas. Estas tampoco trabajan abiertamente con los centros. Por otro lado, el docente, a quien corresponde como fin último el ejercicio de preparar al futuro ciudadano, tampoco cuenta con un respaldo firme. El docente no puede aportar semejante desarrollo, ya que se ve desprovisto ante el desconocimiento de cómo prepararlos, por falta de vías comunes educativas.

Varios hechos son los que apuntan a la necesidad de implantar una asignatura para educar a la ciudadanía. En igual condición o con un fin similar. Son muchos países los que actualmente se rigen por gobiernos de carácter democrático y, que incorporan esta asignatura para facilitar una educación política como ciudadano. Es tan sencillo como entender que el ciudadano es un “*polítes*” y, que por su función, participa inmanentemente en el ejercicio de la “política”. No hay que olvidar que un ciudadano vive enmarcado en el ámbito geográfico de la “*polis*”, en la que ejerce como tal.

¿Por qué la LOMCE privó a la educación de su ejercicio? En vez de perfeccionar aquellas lagunas que la LOE dejó con respecto al currículo original, prevaleció de nuevo la cuestión ideológica. De nuevo obviando la necesidad real del ciudadano. Bien es cierto, que es una asignatura que se presta a la fácil manipulación, pero precisamente por la falta de enfoque.

¿Nadie se ha preguntado por qué cada vez van a votar menos jóvenes? ¿Por qué el ejercicio democrático del voto se está perdiendo? Falta educación al respecto. No vale con enseñar el momento histórico, hay que educar en el pensamiento. Más que nunca, es ahí donde la educación debe ejercer de punto de equilibrio. Si no se forman a los alumnos sobre el conocimiento de la política -en la ciencia moderna que ya Maquiavelo promovió en el s.XVI-, se estará facilitando la manipulación de las masas porque no se habrá incentivado el pensamiento crítico. Además, nuestra sociedad debe ser democrática, no solo porque así lo determine una Constitución, sino porque exista un aprendizaje continuo en la misma. Esto solo puede darse si existe un conocimiento previo.

La no educación en el ejercicio ciudadano y democrático solo conlleva a establecer una relación de “vasallaje” alejado por completo de las bases democráticas. Porque como Maquiavelo hizo en sus

obras, la historia es el vehículo más evidente de concienciación y aprendizaje. Por el contrario, también se deben inculcar otros aspectos, no solo basarse en la férrea obediencia de lo dictaminado, especialmente, por aquellos que no desempeñan labor alguna en el sector educativo. La educación se ejerce desde el conflicto, no desde la fe ciega. Ante eso, tanto los *Discorsi*, como *El Príncipe*, encarnan a la perfección ese pensamiento crítico, que solo el conocimiento de la política es capaz de suscitar, porque Maquiavelo, ante todo, educaba para ser ciudadano.

6. Estado de la Cuestión:

Para abordar la visión de Maquiavelo sobre la educación, el presente estado de la cuestión se ha dividido en dos puntos de gran importancia: 1) la perspectiva educativa clásica previa al pensamiento de Maquiavelo, ya que es de obligado cumplimiento remitirse a la Antigüedad, por ser la fuente de toda la base del modelo educativo de Maquiavelo. 2) El resultado de la investigación posterior sobre las enseñanzas que Maquiavelo dejó tras de sí hasta la actualidad, bien fueran favorables o no.

6.1.-Reconstrucción de las influencias en Maquiavelo:

“[...] porque en los antiguos se encuentran muchas cosas que los hacen admirables[...]” (Maquiavelo, 2015, p. 211)

No se puede abordar la cuestión de la educación en Maquiavelo sin profundizar en su pensamiento. Con este fin, Maquiavelo se remonta a la filosofía de los **Sofistas** (s. V a. C.). Esta escuela filosófica sustenta el término de *paideia* en base al concepto que derivará en la educación moderna. A través de las composiciones homéricas, se había ido dando forma a la figura de algunos seres míticos, representantes de la perfecta educación, como ocurría en el caso de Quirón. La opinión dada por Ortega, ante la visión educativa que tiene sobre la figura mitológica de Quirón, no está tan alejada de la versión maquiaveliana como él señala (1999, p. 59). El centauro es la sabiduría, porque representa el equilibrio y eso es lo que Maquiavelo intenta resaltar a través de la *Virtú* y la *Fortuna*.

No es casual que el perfecto maestro sea representado como un centauro, pues como es sabido, dicho ser mitológico encarna el equilibrio entre la razón y la pasión: “Tener como preceptor a un ser medio animal y medio hombre no significa otra cosa que un príncipe debe saber usar ambas naturalezas, de las que una no puede perdurar sin la otra” (Maquiavelo, 2012, pp. 125-126). Por este motivo, Maquiavelo va a retomar dicha figura entendida desde la *areté* sofista, la cual encarnaba al ideal de ciudadano dentro de las ciudades-estado. Para Maquiavelo, dicha *paideia* sofista, anexa al ideal de la *areté* moderna, será la encargada de encarnar su idea de la *virtú* y del perfecto gobernante.

De esta visión, la influencia sofista en Maquiavelo es muy evidente, en especial en cuanto al uso que hace del concepto de *paideia*. También en lo relativo a la aplicación directa que de esta se tenía con sentido diferenciador, es decir, la elitización de la educación sofista. El Renacimiento se hará eco de esta premisa, respecto a la educación sofista asociada a las élites. No se puede desligar el término *paideia* del de *politeia*, ya que una no se concibe sin la otra. En relación a este punto, Jaeger recoge del pensamiento clásico la máxima de que “la fuerza educadora de la nobleza, se halla en el hecho de despertar el sentimiento del deber frente al ideal que se sitúa así siempre ante los ojos del individuo” (Jaeger, 2001, p.21).

Esta forma de pensar está en la línea del propio pensamiento de Maquiavelo, al mismo tiempo que en todos los humanistas de su tiempo. Pese a la invención de la imprenta de Gutenberg en 1440, el acceso a la educación seguía sujeto al dominio y control de las élites. Por esta razón, los sofistas y Maquiavelo sabían de la importancia de educar a las élites para el ejercicio del gobierno. Por el sesgo que la educación, de por sí, otorgaba, les hacía más proclives a poder ejercer dicha representación: el gobernante como espejo para el pueblo. La sofística acentúa, por tanto, el vínculo entre política y educación (Ortega Gutiérrez et ál., 1999, p.65), que aún hoy pervive aunque sea por su hecho más inmediato, como es en la legislación educativa.

Incluso las palabras de **Solón** (s. VII-VI a.C) pueden ser recogidas, no solo por boca de Platón, sino del propio Maquiavelo. El ateniense es el perfecto ejemplo de la combinación entre *paideia* y *politeia*, anteriormente enunciada: “si por vuestra debilidad habéis sufrido el mal, no echéis el peso de la culpa a los dioses. Vosotros mismos habéis permitido a esta gente llegar a ser grande cuando le habéis dado fuerza cayendo en vergonzosa servidumbre” (Jaeger, 2001, p. 143). En boca de Solón al referirse a la tiranía de Pisístrato, estas palabras están relacionadas en base a su pensamiento como *polites* (Mas Torres et ál., 2003, p. 67). Defiende el pensamiento laico como fundamento de la legislación, el cual no debe quedar sujeto al sentir de los dioses, sino al proceder del ser humano. La misma línea es la que defiende la teoría de Maquiavelo, que entiende que las leyes no son un cometido que deba recaer en la voluntad de los dioses.

Sobre este aspecto de la laicidad solónica, los sofistas también fueron precursores en defender dicho sesgo. Para ellos una cosa era el conocimiento y, otra muy diferente, la religión. Será el pensamiento humanista quien, a través primero del pensamiento de Marsilio de Padua y Ockham, traiga dicha dicotomía aplicada a la educación política. El propio Maquiavelo se hará eco en sus obras del sentir de esta línea. Con ello se derivará una vía de pensamiento, la cual no se hará factible hasta 1755 con la *Enciclopedia* y la Ilustración.

Isócrates, crítico afamado contra la metodología de los sofistas, también se hace evidente en el pensamiento de Maquiavelo. Su filosofía queda reflejada en el papel del orador y de la importancia del ejercicio retórico. El secretario florentino retomará a través de una de las bases isocráticas la máxima de: el empleo de la historia como ejemplo del poder de la oratoria. La diferencia principal que guarda Maquiavelo con Isócrates radica en la forma en que se dirige a su destinatario. El clásico escribe en primera persona, usando solo la tercera para referirse de manera despectiva a los sofistas, sin un “alumno” determinado al que enseñar. Mientras que Maquiavelo emplea en determinadas ocasiones la segunda persona, sobre todo en los *Discursos*, por lo que sí demuestra su interés como educador al entablar una conversación. Herencia, en cierto modo, de la *paideia* socrática, a través de la metodología de la mayéutica.

Es de hecho en Grecia, como dice Sabine, donde empezó la política a distanciarse de la religión (Sabine et ál., 1992, p.27). **Jenofonte** es quizás el claro iniciador de dicha dicotomía, siendo el primero en separar la ética de la política, que más tarde continuarán Platón y Aristóteles (García Sánchez et ál, 2019, p. 405). Además su obra *Ciropedia* es la que más calado tuvo en el género elegido de los “*specula principum*” por el florentino para llevar a cabo su obra de *El Príncipe*. Pero sobre este se incidirá posteriormente para abordar la cuestión metodológica del autor.

Platón es, sin duda, uno de los referentes teóricos más importantes en la concepción de la obra de Maquiavelo. Es curioso que sean cuatro de los grandes educadores de la Antigüedad clásica -Isócrates, Jenofonte, Platón y Aristóteles-, aquellos en los que Maquiavelo confía para la erudición de sus obras. Porque si en algo se distingue Platón, en el ámbito de la *paideia*, es por ser el primer teórico de la ciudad-estado. Este hecho será tomado por Maquiavelo como referente para convertirse, no en el educador del Estado según los principios clásicos, sino en el moderno. A Platón le preocupa la pervivencia de la *polis*, puesto que se aleja de la visión arcaica y desconoce las confrontaciones de clases. Maquiavelo, en contraposición con Platón, sí tiene en cuenta los cambios sociales como elemento transformador del Estado y, por ello, su argumentación se hace más factible al cambio.

De ahí, deviene la perdurabilidad de la propia obra de Maquiavelo. Estudia a Platón y obtiene de aquel, aquellos puntos que son universales a la evolución de la educación como institución propia del Estado. Maquiavelo y Platón comparten la visión del Estado como institución capaz de educar, la diferencia en ambos radica en “a quién se pretende educar”.

Sin embargo, Platón es incapaz de proyectarse a un futuro basado en la realidad, lo cual le convierte en un teórico más utópico. El “futuro fáctico”, que propone el propio Maquiavelo, contempla lo

pretérito para sobreponerse a ello. Tal y como señala Barreiro en su artículo, acerca de la obra de Platón, tres son los pilares que el filósofo defiende en su argumentación por la educación: Institucionalización, la educación como elemento unitario, pero al mismo tiempo diversificador. Entiéndase la segunda acepción dentro de un sentido de cohesión social, pero que al estar diversificada establece un punto de sesgo entre clases, que Platón determina a través del trabajo (Barreiro et ál, 1987, p.163).

Por el contrario, Maquiavelo no establece dicha diferenciación, entendiendo el carácter unitario de la educación platónica como una cuestión común, real y que engloba a todos los ciudadanos, más en la línea del discurso de Solón, pese a la dura crítica que vierte sobre él en los *Discursos* ante su falta de previsión: “[...]se tomaron muchas medidas para reprimir la insolencia de los grandes y el desorden de las masas que no habían sido previstas por Solón [...]” (2015, p. 43).

A pesar de lo anterior, no se puede olvidar que, tanto en una, como en otra época, la educación sigue estando restringida a la participación de las élites. Sobre todo para Platón, la educación es un bien que no puede recaer en cualquiera, por lo que establece en torno a este punto una oligarquía educativa: la educación de los mejores (Barreiro et ál., 1987, p. 163). El Renacimiento conforme al pensamiento neoplatónico, mantendrá esta dimensión, de la cual es heredero el propio Maquiavelo. La educación, por tanto, estaba orientada entonces a la preparación del futuro gobernante. No es extraño que el propio Maquiavelo, aparentemente, definiese su educación política dirigida a estos líderes futuros. Sin embargo, la gran excepción radica en los *Discursos*, donde el florentino, a través de su diálogo con Tito Livio, opta por una postura más aperturista de la educación. Incluso, en algunos momentos se muestra con ciertos tintes “democráticos”.

La influencia de **Aristóteles** también está muy presente en la visión educativa del secretario y sobre todo en la aportación que el filósofo hace de la virtud: “El que ha de gobernar, ha de tener virtud moral perfecta” (Aristóteles, 2006, p.44). A Maquiavelo muchas veces se le ha tachado de pesimista, con respecto a la visión tan negativa que difunde del ser humano, pero en el sentido de virtud. Aristóteles parte de un supuesto donde no niega que el significado de la virtud sea obrar el bien, pero dicho bien siempre que sea enfocado a la *polis*. Aristóteles marcaba su discurso haciendo hincapié en la historia, tomando como ejemplo aquellos significados ligados a algunos personajes históricos, con el fin de que dichos ejemplos sirvieran como orientación a los gobernantes de diferentes estados.

La visión del bienestar común radica en el pensamiento del estagiros, el cual defiende que “las cosas que comúnmente a todos pertenecen, conviene que se ejerciten comúnmente” (Aristóteles, 2006, p. 251). Más allá de su sentir común, retoma como visión del buen proceder conductual aquellos ejemplos relacionados con los lacedemonios. De igual forma que hacía Aristóteles en su obra *Política*, para él la didáctica de los espartanos era un ejemplo, pues era donde residía el equilibrio entre el ejercicio y el pensamiento. Asimismo, en un hilo temporal del pensamiento, Maquiavelo da a las leyes el valor educativo que Solón hiciera, así como el propio Aristóteles. Pues dice que “el legislador ha de ordenar lo que respecta a la doctrina de los mozos” (Aristóteles, 2006, p. 250). La vinculación de ambos pensamientos requiere de un estudio mucho más pormenorizado, ya que Maquiavelo, no solo emplea el ejemplo de su presente, sino del pensamiento de los citados.

La influencia político-filosófica queda claramente enmarcada dentro de la influencia del pensamiento clásico. Por otro lado, la parte estructural y metodológica de sus obras queda definida por la visión histórico-política de **Polibio, Tucídides y Tito Livio**. La figura de estos historiadores se ve celebrada en la obra de los *Discursos*, donde Maquiavelo conversa directamente con Tito Livio, pero congraciado con un discurso, versado en los modelos y estructura de Polibio.

A modo de ciclo basado en el razonamiento político, en Polibio se condensan el saber de Platón y de Aristóteles. Como punto de partida, Polibio emplea uno de los elementos indispensables de la Ciencia Política: la “*anakyklosis*”. Determina las tipologías de gobierno que se suceden de manera cíclica en base a dos cuestiones: el tipo de líder que lo encarna y el modo de gobierno (Sierra, 2014, p.14). Esta “*anaciclosis*” de Polibio reflexiona sobre el exceso de ambición que corrompe dichos modelos gubernamentales, elemento que Maquiavelo extrae de él. Sin embargo, al contrario que Polibio, él no ensalza a ningún Estado italiano como hace el arcadio con Roma. Pese a no exponer un referente de su tiempo, coincide en los *Discursos* con Polibio en que la República queda como el planteamiento de gobierno ideal.

Polibio analizará a lo largo de su obra *Historias de Roma* las causas del éxito de dicha civilización. Presentará a la República como el modelo perfecto de equilibrio en ese proceso de la “*anaciclosis*”, donde converge el buen gobierno con su desencadenante. Siempre inmersos en un *continuum* de retroalimentación política. Es por ello que Polibio hace del pasado su mejor aliado, para analizar las causas que han hecho de Roma un ejemplo de superación y de éxito. En su obra expone de forma metodológica la visión teórica y práctica, para demostrar la forma en que la ocasión puede ser bien o mal aprovechada.

Ante este hecho se podría decir que el método que aplica Maquiavelo no es propio, sino que emplea la que podríamos llamar la “metodología polibeana”, en especial a la hora de abordar su visión política. Mientras Maquiavelo emplea la retrospectiva historiográfica en búsqueda del elemento “fallo-acierto”, Polibio sí muestra la intencionalidad de ejercer una búsqueda de la verdad. Dicho elemento de realidad pretende desarrollar la historia: “recomienda la mirada retrospectiva para analizar las causas historiográficas que han llevado a dicha situación” (Sierra, 2014, p.10). Maquiavelo sabe que no es historiador, pero se vale de dicho método en aras de demostrar su teoría política.

Incluso en Maquiavelo perviven los principios de la *paideia* romana. Toma a Polibio como ejemplo, por su afamada labor pedagógica durante su servicio como *magister* de Escipión Emiliano. Dichos principios son los mismos que perviven en la Italia humanista del florentino, donde la superación, a través de la emulación, cobra un gran sentido. Propondrá a la audacia como significado de su “*virtú*”. Por tanto, “*virtú*” y “*Fortuna*” son dos conceptos que en Maquiavelo se definen a partir de las enseñanzas de Polibio. El primer concepto está recogido bajo el sentido anteriormente referido de la audacia y, el segundo, entendido como la ocasión en la que la audacia debe ponerse a prueba. Será Maquiavelo el que apunte a que la *virtú* deberá ser educada para aprender a hacer de la *fortuna* su válido.

Por consiguiente, tal y como se ha referido, Maquiavelo tomará la *anaciclosis* de Polibio, para analizarla desde la perspectiva de su tiempo, siendo más notable en los *Discursos*: “Tratando ahora de esclarecer cuáles fueron los ordenamientos jurídicos de la ciudad de Roma, y mediante qué circunstancias la llevaron a su perfección, recordaré que algunos han escrito, refiriéndose al gobierno, que puede ser de tres clases [...]” (2015, p.40). El arcadio advierte de la perversión subsecuente a la que está atada toda forma de gobierno enunciada en su ciclo político. De ella destacará que uno de los grandes inconvenientes reside en el uso que se le dé al poder; en beneficio de los gobernantes; y no como justificación para lograr el bienestar común. A lo que Maquiavelo añadirá en *El Príncipe* que solo a través de insistir en la educación de la *virtú* se podrá subsanar ese vicio.

Dada la importancia que tuvo para la concepción de los “*Studia Humanitas*”, no se puede dejar de lado la figura de **Cicerón**. Si hubo algún filósofo que despertase el interés metodológico y su visión unitaria de la “*paideia*” y la “*politeia*”, sin duda fue él (Schettino et ál., 2002, p. 39). El humanismo bebe de la retórica de Cicerón. Maquiavelo así lo demuestra en el uso de la segunda fase de la retórica, rematando su libro *El Príncipe* con un exordio al estilo del orador. También tomará de él la idea de la inmutabilidad de la naturaleza, en la cual, Maquiavelo fundamentará parte de su pensamiento social. Sin embargo, Cicerón no veía necesaria la existencia de una división entre el poder

religioso y temporal. Favorece la intercesión y participación de lo divino en la formación de las leyes, como ejemplo del nexo existente entre humanos y dioses.

La Edad Media, en cambio, se revela con **Marsilio de Padua** como una fuente de ruptura con respecto al pensamiento político de Cicerón., La obra *Defensor pacis*, escrita como una guía teórica política, ya anticipa muchos de los puntos que Maquiavelo desarrollará en sus obras políticas. Junto con el florentino, han sido las obras, que por su realismo a la hora de enfrentar los temas, han sido muy fácilmente adaptables a todo tipo de ideologías posteriores. Dicha obra marsiliana nace de la necesidad de confrontar un período de crisis, en donde se ven los primeros pasos hacia una ciencia política, la cual hasta la labor de Maquiavelo no quedará más fundamentada (Bayona Aznar et ál., 2007, pp. 114-115).

6.2.- Maquiavelo y su pensamiento inmediato:

Si existe una obra cercana a la motivación posterior de Maquiavelo es la del propio **Dante**, en especial a raíz de su tratado político *De Monarchia*. Dante comparaba Florencia con un enfermo que continuamente cambia su postura. Florencia resultaba un nicho político cambiante en su continua creación y defensa de las leyes. Dante es un ejemplo de exaltación de la visión de una Italia reunificada. Veía, como tantos en su época, la necesidad de la legitimación a través de la evocación de la gloria del Imperio romano. Dante construye una línea ficticia entre el Imperio romano para con su tiempo, a través del ejemplo de pervivencia que reside en el Sacro Imperio. Sin embargo, lo critica por su sometimiento a la figura de la Iglesia, ya que considera que su poder es inmediato a la voluntad divina (Burnham, 1945, p.14).

El ideal dantesco de todo el mundo bajo un mismo gobernante parte del pensamiento medieval, concretamente de la separación de los poderes, que ya encauzaron a tenor del poder temporal y espiritual (Uscatescu et ál., 1969, p.70). Este hilo fue recogido por Maquiavelo para determinar la teoría que más enemigos le ha procurado al secretario florentino: la laicidad de la política.

De Monarchia no puede leerse sin rescatar el mensaje oculto que Dante vela a través de sus palabras, ya que su obra es una clara manipulación gibelina (Burnham et ál., 1945, p.28). El trasfondo político de la obra se presta como un medio de propaganda. Mientras que Maquiavelo, a diferencia de Dante, hace alarde de su autenticidad y acepta las consecuencias de sus ideas, como así se verá demostrado en los últimos años de su vida.

Si Dante pudo ser determinante en el pensamiento del autor, mayor fue la difusión que de este hizo, el que fuera su amigo: **Francesco Guicciardini**. Su obra fue y es considerada el origen del “ma-

quiavelismo” -*Consideración sobre los Discursos de Maquiavelo (1528-1530?)*-. Uscatescu diferencia la visión de ambos teóricos en que Guicciardini se eleva como un firme defensor del pragmatismo positivo, frente al realismo político de Maquiavelo (et ál., 1969, p.139). Entiende la política, no como una ciencia, sino como un oficio (Maquiavelo et ál., 2015, p.21). Es de hecho en Guicciardini la primera vez que tenemos recogido la idea condensada de “razón de Estado” y no en Maquiavelo.

A diferencia del secretario, Guicciardini no es un defensor de las leyes, ve un carácter más “volátil” en el cumplimiento de las mismas. Sin embargo, es más proclive a la defensa de la experiencia como valedora de la política. En su obra, el teórico entabla una profunda conversación con Maquiavelo, en donde determina, que el gobierno de la república no es el único modelo gubernamental que posee un carácter equilibrado. Igualmente, se distancia del pensamiento de Maquiavelo y de Polibio, al no defender el gobierno mixto, ya que considera que en todo gobierno “sólido” siempre existe un cierto equilibrio entre dos fuerzas limitantes. En cambio, la gran discrepancia entre ellos reside en la finalidad última de Maquiavelo: lograr la motivación para la acción en la reunificación italiana.

Coetáneo al pensamiento de Maquiavelo y Guicciardini se difundirán los principios de lo que será el perfil del “*gentiluomo*”. **Erasmus de Rotterdam** y **Baltasar de Castiglione** serán dos grandes defensores de la educación del caballero cristiano con sus respectivas obras: *Enchiridion militis christiani* (1504) y *El Cortesano* (1528). Ambos serían los encargados de definir la figura del perfecto noble, dentro de una educación ligada a la del buen cristiano. Dado que sus enseñanzas estaban dentro de los parámetros educativos de la época, se explica por qué sus obras pasaron a encarnar la didáctica del auge de las universidades. Fue notorio el caso de la Universidad de Salamanca donde se instauraría el llamado “erasmismo español”, a través de la corte de Carlos V.

¿Por qué triunfó la educación de Erasmo y Castiglione frente a la educación realista de Maquiavelo? Todos ellos comparten una obra dirigida a la educación de las élites. Sin embargo, el populismo se hace más evidente en Maquiavelo. Además, la educación remarcada en Erasmo y Castiglione no cuestionaba el saber hacer de la Iglesia, sino que respaldaba la educación a través de la misma, mientras que Maquiavelo entendía que la Iglesia era la causante de la corrupción en su contexto italiano.

La línea educativa propuesta por Erasmo en su obra fue fundamental para aprender sobre cómo se puede llegar a ser un buen cristiano y, por tanto, en contra de cualquier acto considerado inmoral.

Erasmus, pese a ser anterior en cuanto a publicación a las obras de Maquiavelo, se puede considerar como la antítesis del pensamiento maquiaveliano en cuanto a la educación. Maquiavelo educa en la acción y, para ello, justifica desde la naturaleza del hombre que hay acciones que deben cometerse con el fin de mantener el bienestar común. Frente a esa visión “populista”, el *Enchiridion* es una obra más individualista, que comparte con Maquiavelo la finalidad de educar, pero desde vías diametralmente opuestas.

Mientras que Castiglione, por su papel en la Corte española del emperador Carlos V, también sirvió para determinar el código de comportamiento de la Europa moderna (Torres et ál., 2006, p.1183). La característica fundamental de *El Cortesano* radica en el equilibrio que determina entre la política, la ética y los asuntos concernientes a la economía. Aspectos estos dos últimos cuestionables y ausentes en lo que a la parte económica se refiere. Maquiavelo no era un hombre de negocios por lo que dicho aspecto no le resultaba propicio, ya que a su juicio, la labor política se desvinculaba de la correspondiente al ámbito de la economía. Además, no cabe ni que decir que *El Cortesano* se ajustó perfectamente a la confesionalidad de las monarquías europeas, educando en la “gracia” y desdenando la “virtud” maquiaveliana.

6.3.-Antimaquiavelistas y la pervivencia del anti-maquiavelismo:

En mitad de las llamadas “guerras de la religión” de Francia, se originó el germen del anti-maquiavelismo. En la pugna entre el calvinismo y el catolicismo, los partidarios de instaurar el calvinismo, conocidos como hugonotes vieron un filón en Maquiavelo. Criticaron la edición de *El Príncipe* de Maquiavelo, pero no como un ataque directo al pensamiento del autor, sino contra la figura de Catalina de Médici. Fue de hecho el hugonote y calvinista **Innocent Gentillet** quien publicó el famoso *Discurso contra Maquiavelo* (1576), el cual pasaría a ser conocido como el *Anti-Maquiavelo*. Es evidente, si se analiza desde el punto histórico, que la obra de *El Príncipe* está dedicada a Lorenzo II de Médici, padre de Catalina de Médici, reina opuesta al movimiento hugonote. Por lo que tildar a Maquiavelo como emisario de Satanás, a través de su obra, no era sino un insulto que pretendía demonizar al catolicismo. Al mismo tiempo, su pretensión era atacar, no tan veladamente, a la propia figura de la reina.

En 1559, el papa Paulo VI incluirá la obra de *El Príncipe* y, con ello a Maquiavelo, dentro del Índice de Libros Prohibidos (Álvarez, 2013, p.23). A raíz de esto, las oposiciones a Maquiavelo proliferaron considerablemente. Fue **Antonio Possevino**, uno de los primeros jesuitas, en realizar una crítica sobre la obra del florentino con su obra *Judicium de Novae millitis Galli scriptis, Joannis Bodi-*

ni, Phillipi Mornaei et Nocolai Machiavelli (1592) (O' Neill y Domínguez, 2001, p.195). Este se basó en la obra del *Anti-Maquiavelo* de Gentillet para denunciar la falta de moralidad del autor. Por supuesto, como base en la fuente de sus ataques, demonizó la defensa que el secretario hacía sobre la laicidad en el ejercicio de la política. También se habla de la figura del padre jesuíta **Justus Lipsius** -*Politicorum seu Civiles Doctrinae Libri sex* (1591) - como difusor de la visión antimachiavelista justificada por la defensa laicista que Maquiavelo hizo de la política (O' Neill y Domínguez, 2001, p.195). **Giovanni Botero** - *Della ragion di stato*-, otro teórico jesuita, seguiría la estela de Possevino en el juicio a las obras de Maquiavelo.

El éxito de esta obra fue mayúsculo, dado de que se enmarcaba dentro de una época de confrontaciones político-religiosas. El origen de la controversia partía de la famosa Dieta de Worms de 1521. Debido a la crisis de la cristiandad, se erigirán algunos focos -como fue el caso de España-, que defenderán los principios del Cristianismo. Atacaron duramente a todos aquellos que habían defendido la liberación de los sectores políticos de su vinculación a Dios. En este aspecto, la obra del jesuita **Pedro de Ribadeneyra**, *Contra lo que Nicolás Machiavelo y los políticos de este tiempo enseñan* (1595) será fundamental. Con ella se contrapondrá el pensamiento de la Contrarreforma, al de aquellos que pudieran haber defendido opiniones, las cuales fueran contrarias a lo que el cristianismo debía mantener.

Pedro de Ribadeneyra fue un ilustre miembro de la Compañía de Jesús, el cual ejerció de secretario personal de San Ignacio de Loyola y se empleó como renombrado teórico. Como bien señala López Muñoz, desde los Reyes Católicos en España existía un nexo inquebrantable entre la política y la religión (et ál., 2010, p.324). Además, la constitución de la Inquisición en 1478 ayudó a sembrar la idea de la purificación en todos aquellos frentes que pudieran motivar cualquier duda en torno a la cristiandad. Ribadeneyra tuvo como objetivo, a lo largo de su obra, demostrar que no se puede desligar el gobierno del Estado de los designios divinos. Su crítica enfurecida contra Maquiavelo parte precisamente de esta idea, al que tilda de ejemplo de “*este fuego infernal*”, por defender la laicidad de la política, tal y como se recoge en su dedicatoria a Felipe II. Por ello su obra va dirigida a un príncipe cristiano, al que quiere educar y, por tanto, alejar de malas enseñanzas, como las aportadas por Maquiavelo con estas palabras “[...] sigan a un hombre tan desvariado e impío como Maquiavelo y tomen por reglas sus preceptos y los de otros hombres tan impíos y necios como él [...]” (López Muñoz, 2010, p.327)

Bodin y, posteriormente, Gracián, se erigirán como dos notas discordantes ante el clima antimachiavelista europeo. Se irá tejiendo un ambiente crítico en Europa, fruto de la inestabilidad, tanto

política, como religiosa. **Jean Bodin** tomará como referencia la obra de los *Discursos*, dado su interés político, en defender este régimen en su obra *La República* (1576). El calado maquiaveliano residirá, entre otras cosas, en la defensa del bienestar común. Sin embargo, como contraposición al florentino, el interés económico sí será una de las vías a analizar por parte del teórico francés. Será **Baltasar Gracián**, contemporáneo de Saavedra Fajardo, el que tome el testigo de Maquiavelo en su obra *El político* (1640). En ella tomará como referente a Fernando el Católico, empleando una metodología similar a la de Maquiavelo, para enseñar a cómo ser el perfecto gobernante.

Dada la inestabilidad religiosa que irá aparejada a la Contrarreforma, la Corte isabelina también será uno de los referentes antimachiavelistas. Cobró una mayor envergadura a través de la boca de los grandes poetas de su Siglo de Oro. Es precisamente en este ambiente, en 1570, cuando Roger Ascham, secretario de Isabel I, emplearía el término “maquiavélico” de forma despectiva en su obra *The Scholemaster*. Sin embargo, tal y como apunta el autor, en contraposición a dicha demonización, Ascham admiraba el historicismo de Maquiavelo, por ser un evidente continuador de las ideas de Polibio.

Algunos expertos apuntan al posible origen del vocablo “*machiavels*” como la palabra que ha derivado hasta nuestro tiempo (Álvarez Rodríguez, 2013, pp. 23 -24). **Shakespeare** tomará las enseñanzas de *El Príncipe* como un referente para construir algunos de sus personajes más icónicos, como puedan ser Hamlet o Ricardo III. Es precisamente en Hamlet donde se aprecia un eco del prototipo del príncipe maquiaveliano. El personaje encarna la esencia de “virtud” maquiavélica para dar solución al asesinato de su padre. El dramaturgo **Christopher Marlowe** en su obra *el Judío de Malta* lo presentó como un embustero a modo de “*dramatis personae*”. Su visión se muestra próxima al Shylock de Shakespeare, otorgando una visión claroscuro del florentino, el cual se defiende así: “...Soy admirado por quienes más me odian, aunque algunos critiquen mis libros...” (Álvarez Rodríguez, 2013, pp. 27)

En el ámbito español, la corriente antimachiavelista, nacida de la Contrarreforma, se asentó a través de la opinión de ilustres diplomáticos como **Diego de Saavedra Fajardo** en su obra *Empresas políticas* (1640). De los antimachiavelistas, Fajardo, según Mulagk (Villanueva et ál., 1998, p.171), es de los pocos teóricos que hizo una profunda lectura de las obras del florentino, especialmente en *El Príncipe* y en los *Discursos*. Esto le valió para dotar a sus discursos de un cierto toque maquiaveliano. Sobre todo Maquiavelo se evidencia a la hora de la reutilización de algunos conceptos, presentes en las obras del florentino, como “fama” o “tiranía”. Sin embargo, dada su pretensión de servir como opción a la obra de Maquiavelo, consigue abordarlo desde el punto de vista propio de un

teórico moralista. Villanueva destaca del murciano el uso de una metodología muy similar, sobre todo a la hora de explicar las cuestiones políticas. Fajardo hace uso del recurso maquiaveliano de emplear la historia como herramienta de análisis (Villanueva et ál., 1998, p.173). A diferencia de Maquiavelo, el cual emplea el método didáctico de Polibio, Saavedra recurre a la visión de Tácito.

Sin duda, una nota discordante ante el rechazo de la figura de Maquiavelo es **Hobbes**. Hará, a través de su obra política del *Leviatán* (1561), una relectura de muchos de los hilos ya sugeridos y desarrollados por el propio Maquiavelo. Existe una confluencia muy clara a la hora de abordar el papel del poder entre ambos. Hobbes enfatiza en la importancia del liderazgo y, por tanto, de la autoridad. Sin embargo, donde más se aprecia esa continuidad es en la permanencia del mensaje de que en la política, la moral no tiene cabida. Para Hobbes, la política es un ejercicio donde se exige, irremediabilmente, por circunstancias el empleo de la violencia (Gamboa et ál., 2010, p. 231)

Sin embargo, será el filósofo cartesiano y neerlandés **Baruch Spinoza**, el que aporte a través de su obra *Tratado político* (1670) un respiro a la demacrada fama de Maquiavelo y de sus obras. Será en la visión de Spinoza donde se aprecie el primer acercamiento al pensamiento más interno del florentino. Este expresa la posible finalidad político-social de su obra de la siguiente forma:

“Tal vez deseaba indicar que una masa libre debiera ser muy precavida al confiar su bienestar absolutamente a un solo hombre , el cual tiene que sentir el permanente temor de las conjuras, y ello lo obliga a cuidar principalmente de su propio interés [...] Y me siento tanto más inclinado a esta opinión relativa a este hombre tan previsor, cuanto que es sabido que era partidario de la libertad, para el mantenimiento de la cual, además, supo dar los más sanos consejos” (Cortés Rodas, 2001, p. 189)

Otro de los grandes antimaquiavelistas es **Federico II de Prusia**. Decidió realizar su famosa obra el *Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo* (1740) en conversación directa con la obra de *El Príncipe*. Su empeño surgió de la finalidad de contrarrestar aquellos aspectos que según él atentaban contra la moralidad. En una carta dirigida a Voltaire, cuya correspondencia fue muy fluida, explica lo siguiente respecto a lo que considera que es su punto de contraposición: “No basta con mostrar la virtud a los hombres, también es preciso activar los resortes del interés, al margen de los cuales hay muy pocos que se hallen destinados a seguir la recta razón” (Rodríguez Arameyo, 1995, p. 31).

Será precisamente **Voltaire** quien realizará la introducción a la edición de su obra. A lo que Federico de Prusia dirá en su prólogo a la misma: “Me atrevo a salir en defensa de la humanidad contra

este monstruo que la quiere destruir; me atrevo a oponer la razón y la justicia contra la iniquidad y el crimen [...]” (Federico de Prusia, 1995, p. 10)

A partir del s. XVIII se hizo una relectura sobre la obra de Maquiavelo con la llegada de la Ilustración. Su desgastada figura comenzó a ser reinterpretada por teóricos como **Rousseau**. Aunque la fama ya había engullido al personaje, pues persistía la versión crítica generalizada contra el florentino. Rousseau será una de las figuras encargadas de perpetuar la metodología y enseñanzas del pensamiento maquiaveliano a través de sus obras *Emilio o De la Educación* (1762) y *Escritos Políticos*. Respecto a la primera, Rousseau plantea una guía formativa para el buen ciudadano desde su nacimiento. Su objetivo es instruirle, no solo para resistir, sino para convivir con la corrupción que le rodea. Se podría fijar el origen de la educación a la ciudadanía en la obra planteada por Rousseau. Nada de eso habría sido posible si no hubiera sido por la ciencia política de Maquiavelo, condensada por primera vez en el *Emilio*.

Continuador de esta idea, **Hegel** hará una revisión mucho más política sobre la obra de Maquiavelo. Alejado de la sempiterna pugna entre los defensores y detractores de la vinculación entre la ética-política maquiaveliana, Hegel, realizará un acercamiento a Maquiavelo. A través de su obra *La Constitución de Alemania* (1802), revisará el sentimiento unificador y nacionalista de Maquiavelo. Ve un referente de su intencionalidad en lo que Maquiavelo defiende a través de su llamamiento a la acción en *El Príncipe*. Puesto que las situaciones, para él, se asemejan, pretende hacer de Alemania un reflejo de dicho sentir. Impregna a Maquiavelo de un cierto sentimiento romántico, con el fin de conseguir dicha unificación. Además, será el primero en defender que el acercamiento a Maquiavelo debe hacerse desde el pensamiento de su época y no desde la del lector: “[...] Hay que leer *El Príncipe* tomando en consideración la historia de los siglos anteriores a Maquiavelo, y la historia de su tiempo [...]” (Cortés Rodas, 2001, p. 190)

Thomas B. Macaulay, conocido historiador y político inglés, realizó un ensayo sobre el florentino - *Machiavelli*-. Bajo un análisis particular, se detiene a analizar el pensamiento histórico del mismo. Es contrario al tipo de ideas que la fama maquiavélica ha creado en torno a la figura del autor. “Dudamos que exista otro hombre en la historia de la literatura, que sea tan universalmente odioso como el hombre cuyo carácter y cuyos escritos nos proponemos considerar aquí [...]” (Cortés Rodas, 2001, p. 188). Además, Macaulay analiza la aparente nostalgia con la que Maquiavelo comenta el pasado clásico, sin ser consciente de que su intencionalidad dista mucho de la nostalgia, sino de la enseñanza. Maquiavelo no entiende que el pasado sea mejor que su presente, pues considera que el presente solo busca al pasado como fuente de inspiración y mejora, es decir, de superación.

Ligado a los ideales nacionalistas destaca la figura del filósofo y político italiano **Benedetto Croce**. La obra de Maquiavelo se irá adaptando a los diferentes estudios ideológicos de finales del s.XIX y principios del XX. Croce, de una forma muy inteligente, comprobó que la retórica de Maquiavelo se adaptaba a cualquier ideología y régimen político, por lo que percibió que se trataba de una ciencia política de gran calado.

Dentro de la ideología marxista, Maquiavelo tomará un eco inmediato en la revisión realizada por el filósofo **Antonio Gramsci**. Gramsci atisbó una cierta inclinación social en el mensaje de Maquiavelo. Pues apoyó la idea de que Maquiavelo iba encaminado a educar a aquella clase que no participa, aparentemente, de la política (Portantiero, 2000, p.152), diciendo: “Hay pasión de jacobino en Maquiavelo” (Uscatescu, 1969, p.12). En la línea de Spinoza, Gramsci señala a la posible necesidad que el florentino tenía de liberar al pueblo de la necesidad de un líder. Solo que este mensaje, a través de Gramsci, queda teñido de la visión marxista. Es importante señalar que, al mismo tiempo que Gramsci, **Mussolini** interpretaba las palabras del florentino en su *Preludio a Maquiavelo* (1924).

6.4.-Maquiavelistas contemporáneos y su legado

Entre los filósofos que han aportado un discurso basado en el debate, destaca **Leo Strauss**. Ahondando en la *psique* del florentino, tildó a Maquiavelo como “el maestro del mal” en su obra *Nicolás Maquiavelo*: “Es el único pensador cuyo nombre ha entrado en el uso común para designar un tipo de política guiada exclusivamente por consideraciones de conveniencia” (Cortés Rodas, 2001, p. 188). Realmente lo que busca Strauss es entablar una conversación filosófica con el florentino. Su objetivo no es demonizarlo, sino iniciar una confrontación filosófica desde el análisis del pensamiento maquiaveliano. Para el filósofo germano-americano, Maquiavelo fue el padre de la Ilustración (Ujaldón et ál., 2018, p. 16). Además, intenta darle una lectura profunda desde la premisa enunciada por Ujaldón: “el filósofo es el que no se deja seducir, pero teme las consecuencias de exponer sus ideas” (2018, p. 19). También estima que a través de la pervivencia de su nombre, se ha creado un reflejo político basado en el mensaje de fomentar el interés personal. Para Strauss la finalidad de dicho mensaje no sería otro que la de justificar el uso de cualquier medio para conseguir el propósito final.

George Uscatescu en su obra *Maquiavelo y la pasión del poder* aporta una fuente de acercamiento importante al secretario florentino. Recoge algunos conceptos educativos de interés como el concepto de “la escuela de la desgracia” (et ál., 1969, p.100). Uscatescu plantea un apartado donde incide en cómo la experiencia vivida de Maquiavelo le sirvió de maestra para educarle en la enseñan-

za. Además, es uno de los pocos autores modernos que se detiene a reflexionar sobre la aportación de la “nueva ciencia política” de Maquiavelo, como enseñanza diametralmente opuesta a la utopía. Habla de ella como la aportación doctrinal más importante del florentino. Realiza uno de los análisis mejor definidos en torno a los tres conceptos filosóficos de la educación maquiaveliana, que se abordarán en este trabajo.

El politólogo alemán **Robert Michels** es uno de los incluidos por **Burnham**, como ejemplo de la corriente viva de los “maquiavelistas”. En su obra *Partidos políticos*, determina que la ciencia de la política “no es crear sistemas”, sino dar solución a aquellos problemas que puedan surgir derivados de la misma. Michels es maquiavelista porque emplea la metodología inductiva de Maquiavelo. Su intención es estudiar los modelos democráticos y prever, desde el punto de vista sociológico, los comportamientos humanos.

Igualmente, **Vilfredo Pareto**, junto con Michels, conforma el núcleo fuerte de los maquiavelistas . Este movimiento empieza a conformarse durante el período previo a la Primera Guerra Mundial, donde definieron su posición en cuestión del análisis político. En su obra *Mente y Sociedad* determina la relación entre los hechos sociales en contraposición con los políticos. Además, su obra profundiza más en el aspecto conductual de la política y la “utilidad” de las clases sociales. Aunque, por otra parte, es a las élites a las que divide en dos subgrupos: “élite gobernante” y “élite no gobernante”, muy parecido al juicio del propio Maquiavelo.

7. _Estudio pedagógico de Maquiavelo

7.1. _La metodología de su enseñanza:

“[...] según mi conocimiento de las cosas antiguas y modernas, para la mejor inteligencia de ellos, de modo que quienes lean esas aclaraciones más puedan más fácilmente extraer aquella utilidad por la que debe buscarse el conocimiento de la historia” (Maquiavelo, 2015, p. 33)

Mucho se ha debatido acerca del rol desempeñado por Maquiavelo: si responde al modelo de teórico político moderno, o encaja mejor en el terreno de la filosofía política. Incluso se ha valorado su rol y valor como historiador político. Lo que es una evidencia es que a Maquiavelo le interesaba la política, el resto de disciplinas se muestran como herramientas afines a sus objetivos. Sin mayor pretensión, Maquiavelo era un hombre de su tiempo, entregado a las letras en todos sus usos. Es por ello que hoy se puede hablar de un Maquiavelo multidisciplinar.

Previamente, se comentó la importancia de la metodología a la que el florentino recurre en sus dos obras más importantes: *Discursos* y *El Príncipe*. Muchos expertos, al margen de analizarlas por se-

parado, enmarcan dichas obras dentro de un mismo corpus, es decir, una elaboración conjunta en respuesta a un mismo pensamiento. Por metodología, se podría apuntar que es cierto que emplea una forma de análisis muy particular: 1) realiza una proposición del problema, 2) busca un ejemplo de la Antigüedad, 3) relaciona dicho ejemplo con uno de su pasado más inmediato y, 4) por último, concluye en una sugerencia moralizante. Por supuesto hay capítulos dentro de dichas obras que, por su brevedad, quedan excluidos de dicha estructura. Maquiavelo no siempre emplea la misma metodología, sino que la adapta a sus necesidades.

La herramienta o fuente más empleada por el florentino es sin duda la historiografía. ¿Por qué recurrir a la historia para argumentar sus propuestas? Maquiavelo investiga a través de ella para encontrar puntos de convergencia común a todas las épocas. De esta forma puede aportar una explicación genérica, capaz de responder a las necesidades: “andare dietro alla verità effettuale della cosa” (Uscatescu, 1969, p. 114). Es decir, su metodología revisionista no deja de ser, a fin de cuentas, un análisis científico, de ahí que su mayor contribución sea la creación de la llamada “ciencia política”.

La máxima de dicho método de investigación está basada en la búsqueda de conductas generales. Estas se encuentran presentes, a lo largo de la historia, en el ser humano, lo que le da un soporte psicológico indiscutible. Analiza los patrones de la política, sujetos al devenir de las necesidades de su tiempo. En relación a este punto, se deduce que también es capaz de aportar un claro carácter innovador a través de su discurso retórico.

Para determinar en qué consiste esta metodología, Maquiavelo realiza una investigación previa con fines formativos. Este proceso lo realizará a través de aquellas fuentes historiográficas que le son más cercanas y, en cierto aspecto, más fidedignas: los clásicos. Además, para el caso de su pretérito más inmediato, hace uso de la experiencia vivida. Valga como ejemplo los casos que expone en *El Príncipe* sobre lo vivido en primera persona, en relación al famoso banquete donde César Borgia asesinó a sus enemigos, así como en su asistencia al cónclave donde Giuliano della Rovere fue elegido Papa.

Por tanto, Maquiavelo aprendía del pasado a través de la lectura de los clásicos, para después detectar las generalidades, así como aquellas salvedades, que requerían de un mayor detenimiento. Eran estas últimas las que Maquiavelo asociaba al peligro del devenir de la fortuna. En cambio, lo que realmente suscitaba el interés del florentino era lo concerniente a la toma de decisiones que había tenido lugar en el pasado. Es en ese apartado donde Maquiavelo se detiene con una precisión analí-

tica. Pretende identificar si el resultado de dichas acciones supusieron el acierto o, por el contrario, el fallo, al carecer de una táctica acorde con la oportunidad planteada.

Su intención es equiparar, desde una perspectiva claramente científica, la variable común a ambos casos -pasado clásico y experiencia-. Después extrae, por otro lado, aquellos principios que definen el comportamiento humano ante el poder. Polibio es un referente de continuidad en él, no solo en lo que a las formas de gobierno se refiere, sino a la parte social que va asociada a dichos cambios políticos. Una vez que Maquiavelo ha determinado lo que considera que es el patrón común, ofrece una explicación fáctica al lector. Su intencionalidad no es otra que evidenciar, por tanto, cuál sería el proceder para llevar a cabo la resolución. En resumen, hacer efectiva la toma de decisiones, es decir, ejercer la virtud.

En un análisis más pormenorizado de dicho método, el valor y la influencia del axioma aristotélico se demuestra con el claro uso que hace del método inductivo. Dirá Maquiavelo en sus *Discursos*: “Y pensando cómo suceden estas cosas, he llegado a la conclusión de que se producen siempre del mismo modo, y que siempre hay la misma cantidad de bondad y maldad, pero que este bien y este mal cambian de provincia en provincia” (Maquiavelo, 2015, p. 211). Genovesi observa esta metodología próxima a la expuesta en este trabajo. Define a este método científico como un proceso “lógico-argumentativo”, donde la perspectiva teórica viene de mano de la historia, teniendo como objetivo la conservación del Estado (Genovesi et ál.,2013, p.112).

Como ya se ha comentado anteriormente, las dos primeras ideas coinciden con el supuesto visto. Sin embargo, la perspectiva de Maquiavelo dista mucho de la conservación del Estado “actual” del florentino. Su intención pasa por la destrucción de la idea del Estado anterior, con el fin de conseguir un modelo de Estado nuevo, firme y duradero. Por tanto, a modo de conclusión, Maquiavelo emplea un método científico, que toma como vehículo de análisis a la historia, utilizando un discurso político, cuya finalidad es educar para la virtud.

Analizado más de cerca, Maquiavelo no sería solo el padre de la “Ciencia política moderna”, sino más aún, de la “Ciencia de la educación política” (Genovesi, 2013, p.112). Ante este último punto, no será hasta la época de la Ilustración donde quede más definida esta disciplina, con el ejemplo de obras tan relevantes como el *Emilio* de Rousseau.

El florentino no es solo un pedagogo “improvisado”, capaz de innovar en la creación de su propia metodología. Toma además, para dicho proceso de creación, su referencia en otros métodos anteriores. Es, a su vez, el fruto de su formación en los clásicos, de los que como se ha visto, recibe su in-

fluencia. Son muchos los que mantienen que Maquiavelo posee una vertiente filosófica, de gran calado para el pensamiento posterior. Véase como ejemplo de ello su influencia en Spinoza, Hobbes o Strauss. Esto se debe a dos hechos evidentes: 1) Recoge el pensamiento de su época desde lo verosímil, 2) emplea para el análisis de sus hipótesis un método inductivo. En este último punto, toma como claro referente, el axioma recogido en la *Lógica* de Aristóteles.

En cambio, una de las preguntas que surge, a través de las lecturas de los *Discursos* y *El Príncipe*, es quién o quiénes son los destinatarios de sus enseñanzas. A este respecto, es posible que las claves residan en las dedicatorias de ambas obras, así como en la elección del estilo retórico. Este estilo, antiguamente, solía emplearse para dirigirse a las masas (López Eire, 1999, p. 105). Cabe señalar que dada la aparente ironía con la que escribe dichas dedicatorias, Maquiavelo se muestra como un hombre que gozaba de un gran sentido del humor. Lleva a confusión si realmente es sólo a las élites a las que pretendía dirigir su mensaje, pues se intuye un lenguaje oculto en las palabras del florentino al relatarlo.

En la dedicatoria de *El Príncipe*, mediante un juego de símiles, escribe lo siguiente:

“[...] así como los que dibujan mapas se sitúan en las llanuras para estudiar la naturaleza de las montañas y de los lugares elevados, y suben a los montes para estudiar las llanuras, para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser un príncipe, y para conocer la de los príncipes hay que ser del pueblo” (Maquiavelo, 2012, p. 36).

Mientras que en los *Discursos*, tras definir el impulso aparente -al que Buondelmonti y Rucellai le han llevado para la redacción de dicha obra-, el florentino alude a su hacer de forma irónica. Dirá en la dedicatoria de *El Príncipe*: “[...] para no caer en este error, he escogido no a los que son príncipes, sino a los que por sus buenas cualidades merecerían serlo [...]” (2015, p.30).

Maquiavelo en realidad no exime de su lectura a ninguna clase social: “reflexionando ahora sobre todo lo que aquí hemos dicho, vemos cómo se pueden abrir fácilmente los ojos del pueblo [...]” (2015, p.171). Si bien es cierto, por sus recomendaciones, ve más factible educar a las élites. Quizás considera que deban ser aquellas las que más deben aprender, al haber caído en los vicios de la fortuna. Mientras que al pueblo, debatido entre el analfabetismo y la ausencia de una educación política, también puede encontrar en las obras maquiavelianas un refuerzo para suplir dicha carencia. El florentino ve necesario formar a todos, ya que entiende que los errores del pasado se deben a la falta de educación en las cuestiones políticas del Estado.

El Estado, a través de la concepción del secretario florentino, se muestra como un cúmulo de experiencias pasadas - la historia-, que constituyen la esencia de su educación. La experiencia es, tanto en Maquiavelo, como en su más inmediato valedor -Guicciardini-, la mejor maestra posible (Uscatescu et ál., 1969, p. 169). Aunque la experiencia en sí, no sirve de nada, sin una formación paralela que evidencie las faltas y aciertos que se han vivido. La experiencia, por tanto, necesita de una reflexión pareja que la haga significativa. Es ahí, donde entra en juego la metodología de Maquiavelo. Él expone que los gobernantes deben estudiar la historia, así como el pueblo, para construir un fundamento resistente y justificado para el bienestar común.

Queda aclarar, por tanto, si Maquiavelo es realmente un pedagogo de la política. Quizás el ejercicio de la pedagogía, tal y como hoy se entiende, quedaría lejos de la intencionalidad del florentino. Ya que tildarle de “educador”, posiblemente, no agradase ni al propio Maquiavelo. No porque viera en ello un oficio cuestionable, nada más lejos. De hecho, en los *Discursos*, se refiere de esta forma al ejercicio de la *paideia* “Porque el deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica [...]” (2015, p.213).

Entiende que, dado que su servicio político llegó a su fin en 1512, debe dedicar sus esfuerzos a transmitir su saber a partir de lo que él ha adquirido. Sus largos años como funcionario, bien como consejero de Maximiliano I o, bien como traductor del griego de la obra de Polibio en la academia humanista de Bernardo de Rucellai, no pueden desaparecer sin más. Rinaldi dirá al respecto de la escritura particular de *El Príncipe* “é uno sforzo essenzialmente pedagogico proiettato nel futuro: da un lato molto simile a quella pedagogia umanistica [...]” (Genovesi, 2013, p. 103)

La metodología científica, que Maquiavelo plantea y que ha sido anteriormente expuesta, es una herramienta al servicio de la pedagogía política. Sin embargo, pese a que en su tiempo resulta novedosa, no lo es a nivel histórico. El pasado siempre ha sido contemplado con un objetivo moralizante, de ahí que todas las formas de referencia a la historia hayan sido planteadas como tal hasta Maquiavelo (Skinner, 2008, p. 100). Pero pese a que Maquiavelo emplea la historia como herramienta discursiva, no se poseía por entonces el concepto de objetividad histórica, tal y como hoy se conoce. En cambio, él entiende que dicho carácter moralizante enseña por la empleabilidad de las dos vertientes éticas: la buena acción y la mala. Incluso Maquiavelo ve más factible el aprendizaje desde lo malo. Entiende que desde lo bueno, solo se puede alcanzar la conformidad y, con ello, la acomodación de un principio que termina a la larga por no aportar nada.

Es en el proemio al segundo libro de los *Discursos* donde se recalca en su pensamiento sobre la concepción de esta disciplina. Hace un ejercicio de reflexión histórica, sobre cómo ha llegado esta disciplina al presente. También en ella se rechaza la excesiva adoración que se tiene sobre el pasado. Para él, el presente siempre ofrece más beneficios que el pasado, puesto que el primero nace de la mejora del último. Incluso hace un guiño al que en este ensayo se considera uno de los grandes problemas al abordar el pensamiento de Maquiavelo, el anacronismo: “[...] si el juicio de los hombres está obnubilado para juzgar cuál será mejor, si el tiempo pasado o presente, en aquellos casos en que, por la antigüedad, no se puede tener un conocimiento perfecto como es el de su propia época [...]” (2015, p. 212)

Maquiavelo no posee el dato fidedigno de todo lo que presenta. Muchas veces, emplea el recurso retórico de la inventiva, no para aportar datos fehacientes, sino para adornar la narración, es decir, emplea el estilo retórico ciceroniano. Se sirve de este estilo para aleccionar respecto a dos conceptos: la inmutabilidad del ser humano y la cambiante naturaleza que define la fortuna. “Y viendo que eran los tiempos, y no los hombres, los que motivaban los desórdenes [...]” (Maquiavelo, 2015, p. 171). A este respecto, habría que preguntarse si, dadas sus palabras, Maquiavelo considera que la historia es la resultante única de las acciones acometidas por el ser humano, frente la arbitrariedad de la naturaleza.

El estilo retórico, presente en la obra de Maquiavelo, se emplea como un recurso propiamente extraído de su influencia clásica. El origen del mismo está indisociablemente unido al desarrollo de la política en las ciudades-estado clásicas (López Eire, 1999, p. 104). El arte del discurso está también vinculado al ámbito de la pedagogía. El docente es el orador por excelencia, el cual deberá, no solo exponer lo que sabe, sino ejercer el arte de la persuasión para hacer llegar dicho conocimiento. López Eire retoma de las palabras de Aristóteles, en su *Retórica*, el sentido de este recurso lingüístico como “el arte de generar la persuasión mediante el habla para argumentar lo verosímil” (1999, p. 104).

Ser portador de lo verosímil se convierte en una obsesión para Maquiavelo. Lo demuestra a través del uso de la ya comentada metodología inductiva. Comprende que para llegar hasta dicha verosimilitud debe partir desde el hecho particular. Se aprecia una mayor entrega del florentino a emplear la fase ciceroniana de la “*dispositio*”, como método de ordenación del discurso. Sin embargo, es en el capítulo final, en la culminación de su “*peroratio*”, donde ejecuta su golpe de efecto concluyendo con la llamada a la acción para la unificación italiana.

7.2.- Educar desde la verdad, educar para el ciudadano

¿Desde qué punto Maquiavelo plantea el ejercicio de la política? Esta perspectiva está sujeta al análisis de lo que el florentino propone como “*verità effettuale*”. Dicho concepto define el sentido pedagógico maquiaveliano: enseñar desde lo verosímil. Dicha “*verità*” entra en contraposición con la ficción, algo que Maquiavelo rechaza por no estar sujeto al razonamiento, es decir, por no ser lógico. Desea educar a través del “*cervello*”, es decir, de esa inteligencia que entiende y, que no se deja seducir por el engaño del vicio. Para el secretario florentino el proceso de asimilación pasa por estar vinculado a la mejora en la toma de las decisiones. Como se ha visto, el “*logos*” condiciona la aplicabilidad de las elecciones tomadas (Conde, 1948, p.138). Sin embargo, si solo se toma en cuenta lo anterior, se pierde la esencia de su mensaje, pues siempre dichas elecciones deben ir orientadas a un fin activo. De lo contrario, la empresa política queda vacía.

Según explica Maquiavelo en *El Príncipe*, para él existen tres tipos de inteligencias: “la primera comprende por sí misma, la segunda distingue lo que otro comprende, y la tercera no comprende ni por sí misma ni por otros; la primera es excelentísima, la segunda es excelente, la tercera inútil.” (2012, p.155) Ello establece una categorización, según Maquiavelo, de los tipos de inteligencia a los que están suscritos los seres humanos. Dichas inteligencias le permiten poder diferenciar el bien del mal y mucho más en lo concerniente a la determinación de su valía ante el Estado. Maquiavelo ve necesaria la instrucción en los efectos de la “*sofía*”, para evitar caer en el peligro de los vicios ajenos, los cuales dificultan el acceso al buen juicio.

Si se ha iniciado dicho proceso de asimilación, se podrá iniciar la previsión en respuesta a lo planteado por la “fortuna”. Sin embargo, no hay que entender a Maquiavelo como un ejemplo de proyección teórica, sino práctica: la acción es su finalidad. Y ¿dónde deja Maquiavelo expuesta esa práctica? En la “razón de Estado”, tan asociada a la figura del florentino. Sin embargo, pese a que esta no va ser una razón “*per se*” de análisis en este trabajo, conviene aclararla brevemente. Puesto que adquiere una cierta dimensión educativa, de gran importancia para el florentino, así como para su modelo de ciudadano ideal.

Según Carl Schmitt, por “razón de Estado” se entiende “*el arte del cálculo, de la instrumentación y del manejo de medios para el mantenimiento del Estado*” (McDonnell, 2015, p.78). Según McDonnell, tomando de nuevo a Schmitt como referente, la razón de Estado se articula en tres puntos básicos (et ál. 2015, p. 81): 1) La construcción de un Estado fuerte y duradero, 2) la perpetuación del mismo en el tiempo, ya que para Maquiavelo no hay mayor falta de praxis política que la brevedad

y, 3) una vez afianzados los cimientos y reforzadas las instituciones, se debe promover la expansión de dicho Estado para conseguir la ansiada unificación.

Para llevar a cabo esta “razón de Estado”, un buen ciudadano no debe perderse en el exceso. Ante tal vicio, Maquiavelo opta por educar en la “verdad efectiva” o “*verità effettuale*”. El florentino la entiende como una herramienta significativa, útil para afrontar el aprendizaje de la política, desde el punto de vista que solo puede ofrecer la realidad. Es decir, que Maquiavelo desdeña la utopía, ya que esta se presta a distraer al perfecto “*polites*” del propósito último del Estado (Genovesi, 2013, p. 107). La política es, para Maquiavelo, la base de la transformación de la realidad, la cual vive en estrecha relación con la cuestión que aquí se plantea: la educación. Dicha formación no solo permite guiar al ciudadano en su aprendizaje, sino también en contribuir para cimentar los pilares de la virtud maquiaveliana.

A través de la “Ciencia política” de Maquiavelo se determina la intencionalidad educativa. Esta reside en las obras del autor: mostrar las técnicas para aprender a gestionar el poder y lograr su traducción práctica. Por tanto, el ciudadano instruido en el saber político, ve como una necesidad el lograr la estabilidad del Estado. Entiende al mismo como la institución educativa por antonomasia. A este parecer, la idea de Maquiavelo bien podría equipararse hoy con los proyectos que se están desarrollando en el campo de las Ciudades Educadoras. La “*civitas*” es el punto de anclaje de todos los miembros de la ciudadanía. Como parte de ese engranaje, no se puede excluir a nadie de ejercer su labor en la política.

Esta idea no es novedosa, pues Maquiavelo la toma de la propia fuente de la que vive su ideal clásico para el estudio de la política:

“[...] porque si cualquier familia es parte de la ciudad, y aquellos son parte de la familia, y la virtud de la parte se ha de reglar por la virtud del todo, de necesidad se han de instruir los hijos y las mujeres teniendo consideración a la manera del gobierno de la República, si importa algo para que la República esté bien gobernada y sea virtuosa al ser los hijos virtuosos y el serlo las mujeres [...] y de los niños salen los que gobiernan la República” (Aristóteles, 2006, p. 46)

Para Maquiavelo, uno de los grandes peligros, en los que deriva la falta de virtud, es el individualismo, donde la estabilidad del Estado desaparece. Es precisamente sobre este punto que el florentino se detiene en analizar los peligros que conlleva el interés personal. En el capítulo LVIII de los *Discursos*, lo remarca a la hora de abordar los excesos de la nobleza. Conoce la inestabilidad de la opinión de la ciudadanía, porque precisamente, sabe de la falta de formación que arrastra. Esto ex-

pone la volubilidad a la que está abocada, en favor de aquellos que buscan aprovecharse. Por supuesto, sabe que éste es un problema que debe abordar, pero es cauto al asumir la dificultad del compromiso de educar a la multitud:

“Yo no sé si me estoy metiendo en un campo duro y tan lleno de dificultades que me obligará a abandonarlo con vergüenza [...] al ponerme de parte de aquella a la que todos los escritores acusan. [...] Por tanto, afirmo que ese defecto que los escritores le echan en cara a la multitud es algo de lo que se puede acusar a todos los hombres en particular, y sobre todo a los príncipes, pues todos, de no estar controlados por las leyes, cometerían los mismos errores que la multitud desenfrenada” (2015, p. 197)

Realiza dos divisiones respecto a la idea de la multitud. Ambas están basadas en la visión de Tito Livio: una sujeta al juicio de las leyes y la otra no. Por tanto, Maquiavelo deviene en sugerir que el control de la ciudadanía no debe hacerse de forma autocrática, sino mediante la educación a través de las leyes. Estas son las únicas garantías de mantener el orden, acorde a las exigencias de los ciudadanos. Al mismo tiempo, dichas leyes permiten seguir educando en política: “Pues un pueblo que gobierna y que esté bien organizado será estable, prudente y agradecido, igual o mejor que un príncipe al que se considere sabio [...]” (Maquiavelo, 2015, p. 199)

Por consiguiente, la pregunta que lanza Maquiavelo a su alumno-lector podría ser sobre dónde parte el problema por el cual no se mantiene la estabilidad. Es precisamente la educación la que articula dicha respuesta: las leyes. Estas están escritas para educar. Maquiavelo determina que la falta de ellas goza de una elocuencia tal que, un príncipe, que no se ajusta al gobierno de las mismas, terminará cayendo en la ingratitud y en la tiranía. Mientras que el pueblo, por gozar de una conciencia de comunidad más marcada, suele expresar su respeto a la legislación con una mayor manifestación. Ante dicha unión de la que suele gozar el pueblo, Maquiavelo destaca una de las virtudes más encomiables: “Y en cuanto a la prudencia y la estabilidad, afirmo que un pueblo es más prudente, más estable y tiene mejor juicio que un príncipe” (2015, p. 200)

Ante ello explica que es precisamente ese vicio del que suelen hacer uso los nobles, la ambición, la que debe quedar entendida fuera de la finalidad del Estado. También dirá qué es lo que realmente diferencia al príncipe de la ciudadanía. El orden y el mantenimiento de las cosas no quedan ligados a la nobleza, la cual siempre antepone sus deseos a la estabilidad. En conclusión, Maquiavelo observa que el pueblo también goza de virtud, mayor si cabe que la del príncipe. Dicha virtud radica en su prudencia, sentido de justicia y de búsqueda del orden. El pueblo es el ejemplo más evidente

de la integración del poder cohesionador que tiene la educación en las leyes. En esto consiste para Maquiavelo la sabiduría popular.

¿Qué ocurre si dicha virtud popular se ve desviada? Ante esta cuestión Maquiavelo es tajante. El desvío de la misma no tiene el mismo arreglo en un príncipe que en la “multitud”. Ha observado el comportamiento de la misma, no solo en su tiempo, sino en ejemplos pasados de la historia. Ha comprobado según lo observado, que la mejor arma pacificadora para la multitud es el diálogo. Mientras que en un príncipe, donde ha vencido el despotismo y la injusticia, su falta solo puede arreglarse mediante la justicia propia de su tiempo: la espada.

Maquiavelo, al igual que analizó de forma individual la relación entre la virtud-libertad de un príncipe, también lo hará con la ciudadanía. No ve un motivo de preocupación en que ésta se sienta libre, entendida siempre la idea de libertad como estabilidad sujeta a las leyes. Haciendo uso de la *anaciclosis* de Polibio, ve un problema cuando de un vulgo descontento nace algún tirano. Si el pueblo no goza de virtud, verá perdida aquella misma por la que protesta. Porque para Maquiavelo es tal la virtud que ve en la opinión del pueblo, que cree que este protesta cuando teme que dicha estabilidad se pierda. Mientras que el príncipe, a diferencia, solo protesta cuando ve peligrar su libertad, mayormente opuesta a la del pueblo.

7.3.- El uso de la lengua vernácula en la relectura maquiaveliana del género pedagógico del “*specula principum*”

La elección de la lengua fue un importante punto de apoyo en el uso de su metodología, así como para manifestar el objetivo del florentino. Antes de ahondar en el sentido de su elección, se deben abordar algunos temas parejos para contextualizar dichos aspectos.

La formación de Maquiavelo es fruto del contexto en el que se va desarrollando como teórico político. El Quattrocento italiano fue un tiempo donde se dieron numerosas reformas religiosas, políticas y culturales. Además, el inicio de importantes movimientos científicos. Los Concilios, que tuvieron lugar durante este siglo, fueron dejando un poso latente en el pensamiento de la sociedad. En dicha revisión se gestaba la ruptura con la oscuridad anterior.

La defensa ante la laicidad, cada vez más notable, así como la aparición de importantes movimientos culturales fueron elementos significativos para el progreso de esta época. La nueva mirada del pensamiento moderno recayó sobre el ser humano y su importancia. Se empezaron a replantear cuestiones anejas, donde la relación entre lo político-social se afianzaba a través de la revisión de los clásicos. Es precisamente en ese punto, donde entraron en juego las academias de transcripción

florentinas, entre las que se va a formar Maquiavelo. En ellas se desempeñaron laboriosos procesos de transcripción del latín y el griego. En el caso del funcionario, su labor quedaría enfocada a la traducción de la obra de Polibio.

La recuperación de los clásicos trajo un mayor interés por dar preferencia al griego y al latín como signos de cultismo. No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de las obras escritas de esta época mantengan al latín como lenguaje elevado.

Sin embargo, Dante recurrió al uso de la lengua vernácula, al que le dedicó un ensayo titulado *De vulgari eloquentia*. Como recoge García Galiano en su artículo, el empleo de la lengua vernácula es sugerido en Dante como medio de expresión para escribir determinados géneros (et ál, 2010, p. 242). La parte sentimental jugaba un papel principal en sus obras. Luego Dante ya condiciona, quizás sin más pretensión, el uso de la lengua vulgar como un medio donde expresar emociones. De esto se deduce que el uso de la lengua vernácula queda confrontado a la contención del latín. Como dice Venturelli, en el caso de Maquiavelo “*existe un tono popular*” (2000, p. 72). A través de la prosa, se entremezclan los cultismos propios de su condición de erudito y algunos vocablos vulgares, propios del “vulgo” (Venturelli et ál, 2000, p. 72).

No se puede obviar el ambiente de descubrimiento continuo que se estaba viviendo entonces, principalmente en el seno de los *Studia Humanitas*. La personalidad educativa de Cicerón fue vital para articular el humanismo (García Galiano et ál., 2010). Sin embargo, surge un ambiente de reivindicación de lo laico, en cuanto al uso de la lengua vernácula en la escritura. Bien es cierto que Petrarca - posterior a la escritura toscana que realizó Dante-, era un firme conocedor del significado que el latín tomaba como reflejo de la institución eclesiástica.

El latín no solo era visto como una herencia patrimonial tomada de los romanos, sino que había sido durante siglos el modo de expresión del mensaje eclesiástico. Este hecho se dio en mitad de un momento donde la separación de poderes seguía siendo un objeto de debate. Ejemplo de ello fue el caso de las academias florentinas, donde se discutían estos temas, como sucedió en la afamada Academia Careggi (García Galiano et ál, 2010, p. 252). Por tanto, el sentir político ciudadano veía la necesidad de realizar la dicotomía entre lo religioso y lo referente a la “*vita civile*”.

Además, no hay que olvidar que bajo todo este proceso de sesgo, existe un lenguaje político muy evidente. Como se ha visto, es Dante el que en su *De Monarchia* busca la unificación, pese a la quimera que plantea. Realizará una defensa de la separación áulica, que ya recogieron Marsilio de Padua y Ockham. Por relación, Petrarca es continuador en su *Cancionero* del uso de la lengua ver-

nácula. No lo emplea como un modo de expresión, sino del pensamiento contemporáneo propicio para la construcción de la “*Res Publica*” (García Galiano et ál, 2010, p. 251). Maquiavelo deja claro el motivo del uso de la escritura en lengua vulgar, la cual justifica en el exordio final de *El Príncipe*. En dicho *exordio* recoge el canto de Petrarca CXXVIII “Italia mia”: Virtú contro a furore,/ Prenderá l’arme,/ e fia el combatter corto:/ Ché l’antico valore / nell’italici cor non é ancor morto (Maquiavelo, 2012, p. 171)

Este canto es empleado como exaltación a la acción, en respuesta al objetivo unificador de Maquiavelo. El florentino deja patente cuál es el significado que le otorga al uso de la lengua vernácula. No porque le acerque a Petrarca, por ser un referente del inicio humanístico italiano, sino por su deseo. La necesidad de que se produzca la unificación del ciudadano italiano bajo un mismo sentir. Porque el pensamiento se traduce en la lengua, por tanto la lengua empleada es la formalización de dicho pensar.

En resumen, Maquiavelo deja patente tres cosas mediante la elección de la lengua vernácula como medio de escritura: 1) es el reflejo de un sentimiento y de la vehemencia que clama a la acción, 2) es la expresión fáctica de la necesidad de que exista una laicidad plena -en lo que al ejercicio político se refiere-, y 3) es ejemplo del pensamiento que pide la unificación de Italia bajo unos mismos derechos, garantes de la libertad para con la ciudadanía.

Sin embargo, más allá de esas tres vías, dentro del ejercicio pedagógico que ha elegido realizar Maquiavelo, en él se añade un cuarto ángulo: la democratización de su enseñanza. No se puede dejar de lado el marco social en el que se mueve la intencionalidad de las obras maquiavelianas. El uso del latín -instrumento aúlico-, reservado a las élites, constituía un elemento claro de sesgo. El acceso a la lectura no era el mismo, y, por tanto, el nivel de alfabetismo era muy bajo en proporción. Fue Rousseau quien dijo en sus *Escritos Políticos* respecto a Maquiavelo que “con el pretexto de enseñar a los reyes, instruyó realmente al pueblo. El Príncipe de Maquiavelo es en verdad el libro de los republicanos” (Cortés Rodas, 2001, p. 189)

Esto se deja ver en un momento de *El Príncipe* donde Maquiavelo da con la clave de lo que a la conciencia del “*polites*” se refiere. Cualquiera puede ser un príncipe de un Estado nuevo, por lo que debe estar formado en política para poder ejercerla: “Puesto que el hecho de pasar de simple ciudadano a príncipe supone una intervención o de la virtud o de la suerte” (Maquiavelo, 2012, p. 62). Y esta máxima es a la que se refiere en la idea de educar a todos los ciudadanos, además de la elección de la lengua vernácula para hacerlo más accesible. Por supuesto, Maquiavelo no dice con claridad

que haya que instruir a los ciudadanos en la lectura, lo cual sigue siendo paradójico, sino que donde debe residir dicha instrucción es en las leyes. Hacerles conocer su autonomía como parte de la ciudadanía.

En cambio, Maquiavelo no puede obviar la influencia recibida al emplear uno de los géneros literarios más fructíferos desde la Grecia Clásica. Este género tuvo muchísima repercusión en la Edad Moderna: el género “*speculum principum*”. Dicha influencia vino directamente de la *Ciropedia* de Jenofonte, donde el personaje del rey persa Ciro el Grande se convierte en objeto de análisis. Se trata de una obra -no exenta de polémica- cuya finalidad es hacer una exaltación a la monarquía.

García Sánchez realiza un estudio en profundidad sobre la influencia de la obra de Jenofonte en el marco compositivo de este género literario. La *Ciropedia* tomará en la obra de Maquiavelo uno de sus principales reflejos. Jenofonte compuso su obra basada en un momento de inestabilidad política, que requería dar una respuesta para asegurar una cierta estabilidad. (García Sánchez, 2019, p. 403). Sus aportaciones, bien mediante su obra de la *Anábasis*, o bien por la propia *Ciropedia*, fueron tomadas durante el Renacimiento como fuentes de estudio para secundar la perspectiva de los humanistas. Dicha perspectiva requería del empleo de los “*specula*” como transmisores de una pedagogía. La misma estaría definida acorde a las cualidades que exigía el líder prototípico, entre las que la moral figuraba ante todo.

De todos los “*specula*” escritos a lo largo de la historia, entre los que se recogen los modelos modernos de Erasmo o Castiglione, Maquiavelo es casi el único que mantiene el sesgo jenofónico. Dicha división es la ya consabida entre la ética y la política, siendo la educación la vía que abre la liberación del vicio hacia la virtud. La *paideia* y la *politeia* -el *paidikos logos*- (García Sánchez, 2019, p. 401), conforman el humanismo defendido en el Quattrocento y el Cinquecento. No es extraño, por tanto, que fuera una época muy prolífica en la escritura de los “*specula*”. No se debe olvidar que este género era escrito con la intención de educar en la política y profesar una cercanía en las “*Res publica*”.

7.4.-Educar en la libertad: el equilibrio entre “*virtú*” y “*fortuna*”

No cabe si no señalar ahora cuáles son los pilares filosóficos sobre los que se sustenta toda la obra de Maquiavelo. Principalmente, al abordar los escritos del florentino, todo lector que se precie debe partir de un vocabulario técnico que le haga entender en qué se pretende educar. La “*virtú*” y la “*fortuna*” es el binomio maquiaveliano por excelencia y es, incluso, la parte más filosófica de su tratado. No solo lo vincula al ámbito de la política, sino al desarrollo de la educación personal.

A modo de resumen anterior, el autor comprende que existe un contexto -el Estado-, un estilo educativo -el “*speculum*”-, una metodología de investigación -el axioma inductivo aristotélico-, otra metodología distinta para abordar la cuestión histórico-política -la *anaciclosis* de Polibio-, y un lenguaje educativo -la lengua vernácula y el uso de la *deductio* ciceroniana-. Por lo que se hace necesario abordar el mensaje en el que Maquiavelo quiere educar.

Previo al análisis de ambos términos, cabe introducir una reflexión del autor. Esta se encuentra recogida en el capítulo XXV de *El Príncipe*, donde se aborda el tema de la fortuna: “No obstante, para no anular completamente nuestro libre albedrío, considero que tal vez sea cierto que la suerte gobierna la mitad de nuestras acciones, pero que aun así nos deja gobernar aproximadamente la otra mitad” (Maquiavelo, 2012, p. 163) La fortuna no se traduce como un enemigo al que hay que abatir, sino prever. Es precisamente en este punto donde radica la intervención de la educación maquiaveliana.

Debe existir una previsión ante el libre albedrío, que determina las ocasiones en las que se deberá tomar una decisión. Por lo que se debe educar en mantener una alerta continua, para que ante un conflicto determinado, resulte factible hacerle frente. Es por ello que la fortuna asociada a la naturaleza inmutable, viene determinada por una serie de circunstancias. En boca del florentino esto le permitirá hacer frente al poder, para poder abstraer un patrón de previsión común. Sin embargo, lo que modifica dicha inmutabilidad es la acción del ser humano, la cual altera dicha naturaleza y la cual requiere de una estrategia previamente razonada.

El resultado será satisfactorio cuando la conducta del ciudadano sea capaz de enfrentarse a la fortuna exitosamente, es decir, mediante la práctica de la virtud. A diferencia del término “virtud” de Aristóteles, Maquiavelo lo define en un aspecto similar a la audacia, es decir, adscrito al resultado de la previsión. Para que se pueda dar esto último, él estima que deben darse una serie de fases como son: el razonamiento y la toma de decisiones. Se deberá tomar como elemento principal a la inteligencia, es decir, a promover la audacia. Su máxima obliga a que no se puede desprender la virtud de la acción.

Ante este binomio existe un elemento de equilibrio que Maquiavelo no detalla, pero que deja intuir. Si la previsión es la herramienta de la virtud, dicha previsión deberá quedar fundamentada sobre una educación. Es ahí donde queda descrita la intervención que Maquiavelo hace como maestro del ciudadano: “lo mismo ocurre con la suerte, que demuestra su poder allí donde no hay ninguna virtud preparada para hacerle frente [...]” (Maquiavelo, 2012, p. 164). La preparación de la virtud es la

gran asignatura en la que un buen ciudadano debe instruirse, puesto que requiere de todo un ejercicio previo de estudio, investigación, razonamiento y confrontación. Esta preparación le hará ser capaz de identificar el momento preciso en que la fortuna le brinda la ocasión para acometer su acción. Es decir, requiere de una planificación previa sobre la que Maquiavelo sienta sus bases educativas. Conocer el pasado, estudiarlo y buscar generalidades son, a fin de cuentas, partes del mismo ejercicio de aprendizaje. Con ello se pretende ayudar al ciudadano para reconocer aquellos patrones que puedan darse en el presente.

Se deduce de sus aportaciones que la fortuna no puede ser modificada, sino que requiere de una adaptabilidad por parte del ciudadano. Sin embargo, Maquiavelo advierte muchas veces de que incluso ni el más preparado es el que resulta provechoso de la fortuna. Apunta a que a la Naturaleza no se la puede doblegar. En cambio, el florentino ofrece una vía decisiva donde acepta que la fortuna tenga sus ámbitos de poder. A excepción de aquellos en donde la virtud se presenta como un elemento capaz de oponer resistencia (Uscatescu, 1969, p. 120)

En los *Discursos* y en *El Príncipe*, Maquiavelo viene a determinar cuáles son las ventajas y desventajas de gobernar bajo la fortuna o gobernar bajo la virtud. En el tratado de los *Discursos* emplea el ejemplo del Imperio romano. Pondrá a Plutarco de referente sobre cómo el Imperio ganó el favor de la fortuna para forjar sus cimientos. Maquiavelo contrapone el empleo de la organización, la prudencia e incluso la lógica como justificación del uso de la virtud por parte de estos (2015, p.213)

El humanismo no ofrece una oposición tan clara. Donde Maquiavelo dijo “virtud”, el humanismo determinó el “*ingenium*”, como explica Uscatescu (1969, p.121). Dejará únicamente la forma pasiva de lo que requiere dominar a la Naturaleza. Por el contrario, y aunque pueda parecerlo, la fortuna no es la “enemiga” del mensaje, que el florentino manifiesta. La enemiga maquiaveliana es la “*necessittá*”, porque ésta interfiere como un elemento limitante, la cual no permite a la virtud ejercer su condición.

¿Qué característica previa debe darse para la existencia de la virtud? Dice Conde que en “el saber hacer obliga a discernir el bien y el mal” (1948, p. 169). Maquiavelo no ve necesario desprestigiar la vía del uso del mal. Determina su uso solo si justifica con ello que se empleará para lograr el bienestar común. El florentino lo fundamenta a través de un paisaje de la *Eneida*: “Res dura, et regni novitas me talia cogunt Moliri, et late fines custode tueri” (Maquiavelo, 2012, p. 122). Porque, pese a que en la actualidad dichas prácticas educativas puedan ser objeto de controversia, él las justifica como propias del ejercicio político.

La intervención de la moral queda fuera de toda cuestión. Además, considera a los valores morales -entendidos desde el punto de vista del mensaje eclesiástico de su tiempo-, contraproducentes para la educación. Defiende que la educación política, basada en dichos preceptos, no hace sino fomentar la debilidad de un espíritu. La política, en cambio, debe someterse a la continua tensión de la gobernanza, donde la justicia, la fortaleza y la libertad son vitales.

Pese a la controversia anterior, Maquiavelo se erige como un fiel enemigo de la corrupción. Considera que ésta es la entrada de todos los males, porque no sirve al objetivo de la política. La corrupción no parte de la defensa por lograr el bien común, sino que existe desde el interés personal. ¿Qué ofrece Maquiavelo ante este problema? Educar en política. Martínez Arancón en su prólogo a los *Discursos* dirá que Maquiavelo entiende que la razón de la educación es el conocimiento y, que dicho conocimiento para el florentino se traduce en el uso del poder (et ál., 2015, p. 17). Pero para Maquiavelo dicho uso se basa en el empleo de una autoridad no tiránica. La reciprocidad entre ambos agentes políticos debe ser estrecha para lograr la perdurabilidad del Estado.

A este respecto, la síntesis que Martínez Arancón realiza en su prólogo, sobre cuáles son los requisitos que deben fundamentar el fin del Estado, es determinante. En ellos establece la clave maquiaveliana para perfijar la educación política en la que todo ciudadano -líder o no- debe formarse. Dichos requisitos defienden el bienestar común basándose en unos principios, no tan alejados de los que actualmente se intenta promover en la educación de hoy: 1) la reducción de la exclusión social, 2) que todos los estamentos participen de la política y 3) que la ciudadanía y el Estado sean libres (Martínez Arancón et ál., 2015, p. 17).

Solo Maquiavelo “limita” el deseo de esa libertad real a la ley, que es la encargada de unificar a todos bajo un mismo objetivo. Por ello, su obra de los *Discursos*, pretende inducir a la educación en leyes y en el poder a la ciudadanía, para que conozcan sus derechos y deberes.

Es, por tanto, la libertad, la voluntad y deseo de la misma, la que permite forjar al ciudadano ideal en el ejercicio de la virtud, y no otra. Puesto que la libertad permite luchar contra la corrupción y esta, a su vez, contra la desigualdad. Dice Maquiavelo: “Y cuando una cosa marcha bien por sí misma no es necesaria la ley, pero en cuanto desaparece esa buena costumbre, la ley se hace necesaria con urgencia” (2015, p. 46) De ahí la importancia de educar al ciudadano en las leyes. Estas no pueden responder a un fin que no sea en favor de la ciudadanía, la cual debe participar en su construcción. Incluso Maquiavelo ahondará más en ello, puesto que la ley bebe de la *consuetudine* y vi-

ceversa. Una vez que la ley responda a las exigencias de la ciudadanía, la educación, a través de la legislación, pasará a formar parte de la vida del Estado.

¿Cómo se mantiene la garantía de dicha libertad? Ya se ha incidido en la importancia de la educación en política y, por consiguiente, en el conocimiento de las leyes. Maquiavelo, como buen observador de la naturaleza humana, incide en que son los hombres formados en la virtud, los que permitirán que el interés personal no promueva su “deseo de usurparla” (Maquiavelo, 2015, p. 50)

7.5.- Las competencias del buen ciudadano

Frente a este estudio, en donde se han analizado las bases educativas empleadas y propuestas por Maquiavelo, no podía faltar aquella que resume las intenciones del mismo. El florentino va diseminando en sus obras principales, a modo de pautas, cómo debe ser un príncipe o un ciudadano virtuoso. Establece las bases de lo que hoy podría traducirse como las “competencias del modelo ideal del ciudadano”.

Estos puntos han sido elaborados a modo de resumen y en base a lo recogido en los *Discursos* y en *El Príncipe*. La finalidad es servir, a modo de síntesis, de mayor claridad expositiva ante lo que Maquiavelo propone en su discurso. Se han recogido aquellas que tienen una mayor proyección educativa para la finalidad de este trabajo. Sin embargo, también se ha de recalcar que se han obviado aquellas que son más específicas en cuanto a la construcción de los diferentes tipos de gobierno.

I. El príncipe o el ciudadano debe ser un modelo de equilibrio entre la virtud y la fortuna. En base a la figura del centauro Quirón, deberá emplear en mayor proporción la pasión o la razón, según le sea necesario. Primará la razón cuando requiera de un mayor uso de la sabiduría. Por el contrario, frente al empleo de la fuerza, ésta deberá ser siempre empleada en caso de que peligre la estabilidad del Estado.

II. Un príncipe o un ciudadano comprenden que solo se puede aprender desde el conflicto. Este es el único garante de poner a prueba la valía de la virtud del mismo. Además, la misma deberá ser siempre ejercida acorde a la legislación, a la que queda suscrita la garantía de libertad del pueblo.

III. Deberá ser instruido en el dominio de todas las ciencias, ya que un príncipe -en este caso-, vale más por su sabiduría. Sobre todo si ésta le permite liberarse de los aduladores. Sin embargo, no con ello deberá emplear su sabiduría en contraposición a la opinión de sus consejeros. Sin estos, el príncipe quedará eximido de ser entendido como un “*primus inter pares*” y relegado a ser interpretado como un tirano.

IV. Siempre deberá rechazar su interés personal en favor de asegurar el bienestar común, objetivo último de todo Estado. Para ello, su educación deberá estar orientada a prepararle en el empleo de aquellas vías sujetas a la defensa de dicho Estado. Sus acciones lo obligarán a que sean lo suficientemente fuertes como para evitar que prime la debilidad.

V. Todo ciudadano es un valioso defensor del cumplimiento de las leyes, por lo que deberá estar informado y, a su vez, formado en ellas. Dicha educación deberá realizarse con el fin de adaptar las mismas, si fuere necesario, a los cambios que surjan en favor del Estado.

VI. Un ciudadano o un príncipe prevenido es una apuesta firme ante las futuras eventualidades de la fortuna. La naturaleza de por sí es inmutable, mientras que los cambios quedan suscritos al libre albedrío de la naturaleza humana.

VII. El pasado debe ser una fuente de conocimiento útil, en la que se debe investigar para valerse de aquellos patrones que puedan ser de utilidad en el presente. La historia es, por tanto, una disciplina sin la que no pueden ser fundamentados ninguno de los pasos que se van a dar en el ejercicio de la política.

VIII. El ciudadano es un miembro activo de la política por lo que debe estar instruido en ella, así como las leyes son sus más firmes garantes. Dicha formación responde al hecho de que, es posible, que de entre ellos, pueda salir un príncipe. Éste, para no desembocar en una tiranía, deberá estar capacitado para servir en cualquier momento a su pueblo.

IX. El ciudadano o príncipe no podrá hacer uso de la individualidad, siempre que esta suponga una alteración en el Estado, ya que no debe primar su interés personal frente al del común de la ciudadanía. La política debe responder a las necesidades de un colectivo y debe ser garante de responder ante dichas eventualidades.

X. La educación es la única capaz de combatir los vicios y, con ello, la corrupción, la cual se revela como contraria a cualquier existencia de virtud.

XI. El exceso de confianza es la debilidad de la sabiduría del ciudadano/príncipe, pues dicha sabiduría consiste en saber tomar decisiones para salvar los obstáculos planteados por la fortuna.

XII. El liderazgo debe estar equilibrado entre la estima y la autoridad. Pues no existe liderazgo sin reciprocidad, ni estima sin el firme uso de la autoridad frente a aquellas fuerzas que resultan amenazantes para el bienestar del Estado.

8.- Maquiavelo en la educación hoy

8.1.-La visión multidisciplinar

Se ha insistido anteriormente en que la revolución de Maquiavelo parte del supuesto de la forma en que fue capaz de articular su saber clásico, el pensamiento de su época y el saber oponerse a muchas ideas preconcebidas. Corrió un riesgo y eso, entre otras cosas, ya lo convierten en un “maestro” digno de elogiar.

Desde la perspectiva de la educación contemporánea, se podría decir que Maquiavelo propone una visión multidisciplinar que enriquece sobremanera su discurso. Por supuesto, la política es su finalidad disciplinar por excelencia. Como se ha visto, él es capaz de introducir la historia como una disciplina determinante en la que todo lector-alumno debe fundamentarse para poder construir sus pilares educativos. Su intencionalidad es poder emplearlos desde la máxima, no de que cualquier pasado siempre fue mejor, sino en aquella que ensalza que solo conociendo los errores del pasado se podrán evitar los futuros.

Incluso conoce los recursos estilísticos y lingüísticos del pasado, así como de su presente. En un alarde de ingenio, los emplea a su merced en la construcción de una estructura literaria, útil para alcanzar su objetivo. Además, aunque no haya sido un tema abordado a lo largo de este trabajo, Maquiavelo compuso obras de teatro. La más conocida es *La Mandrágora*, donde hace uso del recurso de la comedia clásica. Pero no solo hace gala de dichas disciplinas, sino que es vehículo, para mayor loa, de la filosofía clásica, medieval y la propia de su tiempo. En sí, Maquiavelo se puede interpretar como una historia de la filosofía capaz de englobar, bajo una sola voz, las diferentes épocas del ser humano.

En suma a todo lo anterior, la metodología que Maquiavelo emplea para encontrar los patrones comunes en los hechos pasados, no deja de ser científica. Pues dicho método le acerca a muchos que se emplean en el ámbito de las ciencias actuales. Maquiavelo es un ejemplo de cómo se debería educar desde la visión interdisciplinar, sobre todo para poder dar una mayor cobertura al saber que se pretende transmitir. Por el contrario, la educación actual sigue haciendo uso de la división entre las disciplinas, abusando de los compartimentos estancos y descontextualizando todo conocimiento. No permite al alumno hacerse eco de una realidad global, sino de simples retales. La educación actual debería retomar el principio de lo que el humanismo inició y, entre ellos Maquiavelo: educar en todo desde la humildad y generalidad del conocimiento.

8.2.-Educación para ser ciudadano

Para Maquiavelo esta es la base de toda educación, aquella que responde a las exigencias del Estado: formar ciudadanos. La LOMCE suprimió la formación en dicho aspecto, únicamente limitando al alumno para ser un futuro buen empleado. El gran problema, al que la educación no le está prestando la suficiente atención, es precisamente aquel que Maquiavelo denuncia como uno de los patrones que llevan al ciudadano al individualismo. No se puede mirar solo por el interés personal, porque no se estaría fomentando la representación del alumno, ni con la institución, ni con su Estado.

No se puede tampoco eximir al alumno de su responsabilidad para con la sociedad. La educación en política no es fomentar la ideología, sino aprender a entender quién es ese alumno en el marco social y cultural. Tampoco se puede pretender censurar la información de las aulas y de las correspondientes disciplinas, puesto que en la objetividad es en donde reside el germen del pensamiento crítico. No se sabe si Maquiavelo se autocensuró en algunos momentos de su discurso, pero lo que sí es cierto es que aportó verosimilitud al discurso de su época. Abordó el pasado con la objetividad que sus fuentes le permitieron. Es muy posible, que dada su racionalidad, pusiera en cuestión la información aportada por las mismas.

Ese es, a fin de cuentas, el cometido de un docente. Se debe hacer ver al alumno que debe poner en duda la información y que debe buscar el contraste de la misma para alcanzar la verdad. Maquiavelo, aún con las limitaciones de su tiempo, pese a no tener definidos dichos parámetros, lo intenta. Por consiguiente, recibir una formación política básica debería ser obligatorio en el ámbito escolar. De cuanto más educación disponga el alumno al respecto menos maleable será en favor de aquellos que ostentan el poder. Además, dicho aprendizaje se traduciría en una mayor integración del alumno en las preocupaciones reales de la sociedad y, por supuesto, de aquellas cuestiones que tengan que ver con la educación. No se podrá alcanzar un pacto educativo, sin una formación que fundamente y enseñe la necesidad del mismo.

Igualmente, la enseñanza en la legislación debería ser un tema obligatorio. Un ciudadano que no siente la necesidad de informarse al respecto es aquel que carece de la perspectiva de cuáles son sus deberes y derechos como ciudadano. Se le debe mostrar, por tanto, que el desconocimiento de las mismas no le exime de su cumplimiento. Por tanto, es deber de la educación actual, permitir que todo ciudadano conozca la importancia de su función en la sociedad. También la relevancia de la

legislación, no solo de la educativa y la función que la política debe cumplir para conseguir el bienestar ciudadano.

Anteriormente se ha mencionado el hecho de cómo se ha visto traducida la falta de representación, sobre todo la de la ciudadanía más joven en el ejercicio de la política. ¿Cómo se podría implementar un mayor acercamiento a través de las aulas? Sin duda, Maquiavelo apoyaría el realizar debates con los alumnos como método de retroalimentación. De este modo se podría fomentar una mayor tolerancia frente a la diversidad de opiniones, así como poder introducir la libertad de expresión y el pensamiento crítico.

Este último pilar, tal y como se ha expresado, es quizás el más aplaudido en toda la obra del florentino, porque él entiende que la educación no existe sin una “afrenta”. Se educa desde el conflicto. Como es sabido, esto está cobrando cada vez más relevancia en las aulas. Un conflicto que se articula a través de dos vías: Maquiavelo quiere despertar un conflicto para con su lector-alumno, así como, en segundo lugar, quiere fomentar un conflicto interno donde el alumno se eduque en la virtud. Estas vías quedarían definidas para la educación actual en: 1) generar un pensamiento crítico con unos fundamentos sólidos y 2) trasladarlo en el desarrollo de una fuerte autogestión. Es decir, Maquiavelo deja expuestos los resultados desde la observación de su experiencia, como lo haría un buen docente, para después, llegar al juicio del alumno la validez de la misma.

Para que la educación en política sea significativa, se debe partir de una realidad. Esa es la que va a brindar el punto de partida objetivo desde la que el alumno, posteriormente, va a cimentar su pensamiento. ¿Es Maquiavelo un ejemplo de este modelo? Contestar a esta pregunta supondría caer en el peligro de incumplir uno de los grandes defectos que se ha querido evitar a lo largo de la realización de este trabajo. Por otro lado se hace casi imperativa su respuesta, pues llevaría a abordarla de forma anacrónica, invalidando así la voz del florentino. Dado que el análisis de este trabajo responde a las premisas educativas, se podría convenir en apuntar que Maquiavelo, pese a que toma lo verosímil como punto de partida de sus enseñanzas moralizantes, no es objetivo. Impera en sus palabras un llamamiento latente a la acción partidista, por lo que hoy Maquiavelo habría incurrido en el adoctrinamiento.

Esto es uno de los grandes problemas a los que se enfrenta la educación actual, donde algunos docentes han llevado el empleo de la “*auctoritas*” a la confusión. No se puede educar desde la coerción, sino desde la libertad que cada rol educativo posee. Por consiguiente, uno de los puntos clave donde todo docente debe recaer es en educar desde la mayor objetividad posible, desde la realidad.

Otra forma también de mejorar la curiosidad y el interés de los alumnos por la política podría ser a través de su participación directa en la misma. A través de la innovación se podrían dar respuestas a las necesidades de los alumnos y así comprobar aquellos puntos que fueran de un mayor interés para los mismos. Precisamente, en la innovación es donde Maquiavelo traduciría su acción al responder a las necesidades del momento. Siempre desde el punto de vista de la educación, pues es el único “arma” capaz de darle salida a aquellos problemas que actualmente imperan.

Maquiavelo sin duda, no solo apuntaría a la innovación como símil de la “virtud” educativa, sino que se preguntaría: ¿en quién debe residir la acción? El papel del docente ha de emular al Maquiavelo guía. Aquel que ofrece su ayuda, todo su conocimiento y experiencia para ponerlo al servicio del ciudadano. Por lo que el ciudadano, el actual alumno, debe disponer de una mirada libre, que solo el conocimiento le puede aportar. Porque como ya se ha expuesto, Maquiavelo no ve virtud sin libertad.

Una ciudadanía que se siente sumida en la continua censura y que no ve flexibilidad termina por quedar excluida de la finalidad educativa. ¿Cómo se puede traducir la libertad en la educación? Primero de todo pensando para quién se educa y, segundo, con qué finalidad se quiere educar. En tercer lugar, y aunque en esto es posible que Maquiavelo tuviera otro punto de vista, un aula no es un campo de batalla. Debe existir un conflicto, pero uno que parta desde lo constructivo. Un conflicto, por lo tanto, consentido por ambas partes y fomentado desde el respeto. Tampoco se puede articular un aula como si su disposición fuera la de un ejército. De esta forma no se estaría potenciando el sentimiento de pertenencia, no se aunarían las voces. Más aún, dicha falta de colaboración, llevaría al individualismo que, como ya se ha visto, es el inicio de la desintegración de un “Estado”.

8.3.-La importancia de las Humanidades: el pasado como inspiración educativa

Conviene rescatar el papel de las Humanidades que tan denostadas se encuentran dentro del ámbito educativo. En ellas radica el fomento del arma más poderosa: el pensamiento crítico. Se debe poner especial atención al medio de expresión que emplean estas disciplinas y que Maquiavelo manejaba desde la ironía y la retórica ciceroniana. No se puede dar por muerto a aquello en lo que se confía que ya no será de utilidad, porque todo es útil si se sabe cómo adaptarlo. Todo cubre una necesidad y las Humanidades son la expresión máxima de lo que el ser humano representa.

La historia es la referencia más importante de lo que el ser humano ha dejado constatado como error-acierto. No se puede desvincular, ni quitar voz, a la historia de ningún proceso que responda a

la acción del ser humano. La historia es educación por sí misma. Maquiavelo, de ser un profesor actual, habría empleado como recurso fundamental la metodología aplicada por la Escuela de Annales. Este hecho se traduce en la simple razón de contextualizar en el presente hechos del pasado. Después, dichos hechos pueden ser asociados por los alumnos en evidencias similares de su actualidad. A modo de ejemplo, una situación como la que actualmente se está viviendo, sería determinante para hacerles pensar. Podría orientarse a que entendieran qué medidas sanitarias se pusieron en momentos tan remarcables como la peste de 1347 o la gripe española de 1918. Es la evidencia del pasado-presente el mejor recurso.

Hablar de la historia es hablar de ella como “*magister vitae*”, como dijo entonces Cicerón. Y la historia se escribe en lenguas -no tan muertas-, que enriquecen y conforman nuestro pasado. Por tanto, denostar las letras es querer obviar lo evidente. Es castigar a la memoria para no querer seguir aprendiendo de ella. Y esto los *Studia Humanitas* lo hubieran defendido, puesto que la creatividad parte de la expresión, y la vía de la creatividad, desemboca en la innovación. Por lo que el progreso solo puede darse si éstas se fomentan.

Las herramientas de Maquiavelo fueron las palabras y la historiografía. También lo fueron el dominio de las “lenguas muertas”, como el latín y el griego, de las que él fue un gran valedor. Igualmente lo fue del pensamiento, tan importante en la concepción de su obra. No conforme con el suyo propio, decidió convocar en sus palabras -fuera en acuerdo o no- a los grandes pensadores de la historia de la filosofía. Incluso en sus obras se convocan muchas líneas que remiten al arte, expresión máxima de aquel tiempo. La revisión del pensamiento clásico despertó el gusto por la “mitología pagana”, tan acorde a la temática de la “Nueva Atenas”.

Otro punto que hace a Maquiavelo un ejemplo de docencia es que dialoga con su potencial alumno. La educación actual empieza a dialogar ahora con el alumno, pero hasta hace bien poco, lo magistral imperaba en la relación docente-discente. Maquiavelo debate de forma ficticia en su discurso, porque sabe que ningún pensamiento es válido si parte de la individualidad. Es la idea general, nacida del saber común, la que permite avanzar a una sociedad. Un buen docente actual no puede avanzar en su labor sin incluir la opinión, las sugerencias y el saber, de sus propios alumnos, ya que estos son el margen de error-acierto más claro que podrá obtener.

En la actualidad existen todavía algunas voces que denuncian el abandono de las humanidades como parte vital del aprendizaje de los alumnos y, en parte es cierto. La tecnología es una parte vital para su preparación de cara al futuro. Solo que no se puede orientar el proceso de innovación úni-

camente al desarrollo de las mismas. No se puede perder el aprendizaje de una de las partes más humanas: nuestra memoria.

9._ Bibliografía:

• Fuentes bibliográficas primarias:

MAQUIAVELO, N., (2012) *El Príncipe*, Madrid: Austral

MAQUIAVELO, N., (2015) *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid: Alianza Editorial

MACHIAVELLI, N., (1960) *Il Principe e Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Milano: Feltrinelli Editore

• Fuentes bibliográficas secundarias:

BENASSAR, M.B., (1998) *Historia Moderna*, Madrid: Akal Textos

BURNHAM, J., (1953) *Los Maquiavelistas*, Buenos Aires: Emecé Editores

CHEVALIER, J.J., (1949) *Les grandes oeuvres politiques: de Machiavel à nous jours*, París: Librairie Armand Colin

CONDE, F.J., (1948) *El saber político en Maquiavelo*, Madrid: Instituto Nacional de Estudios Jurídicos.

FERNÁNDEZ NAVAS, M. y ALCARAZ, N., (2016) *Innovación educativa, más allá de la ficción*, Madrid: Editorial Pirámide

MAS TORRES, S., (2003) *Ethos y Polis*, Madrid Istmo

O'NEILL, C.E. y DOMÍNGUEZ, J.M., (2001) *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

SABINE, G., (1992) *Historia de la teoría política*, México: FCE

USCATESCU, G., (1969) *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid: Guadarrama

VALLESPÍN, F., y VV.AA., (1995) *Historia de la teoría política*, Vol. 1, Madrid: Alianza Editorial

VIROLI, M., (2009) *De la política a la razón de Estado. La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600)*, Madrid: Akal

• Webgrafía:

ARISTÓTELES, (2006), *Política*, Madrid: Ediciones Nuestra Raza. Recuperado a partir de: <http://fama2.us.es/fde/ocr/2006/politicaAristoteles.pdf>

ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, R., (2013) La huella de *El Príncipe* de Maquiavelo en la literatura inglesa, *Rev. Soc. Esp. Ita.* 9, 19-41. Recuperado a partir de : <https://revistas.usal.es/index.php/1576-7787/article/view/12849/13184>

BARREIRO, H., (1987) La educación como cuestión de estado: de Platón a la Ilustración francesa, *Historia de la educación: Revista Interuniversitaria*, 6, 161-170. Recuperado a partir de: https://gedos.usal.es/bitstream/handle/10366/79438/La_educacion_como_cuestion_de_Estado_de_.pdf;jsessionid=9130CAEA8499CBB8D89173AB03B1AEBD?sequence=1

BAYONA AZNAR, B., (2007) “El periplo de la teoría política de Marsilio de Padua por la historiografía moderna”, *Revista de Estudios Políticos*, 137 (julio-sept.), 113-153. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2360993>

CORTÉS RODAS, F., (2001) La política y la violencia en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo, *Estudios políticos*, 19, 187-209. Recuperado a partir de :<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5263617>

FEDERICO II DE PRUSIA, (1995) *Antimaquiavelo o la Refutación de El Príncipe de Maquiavelo*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. Recuperado a partir de: <http://digital.csic.es/handle/10261/13644>

GAMBOA ROCABADO, F., (2010) Lo profano y la fuerza de la inmoralidad en política: Una interpretación de Maquiavelo y Hobbes, *Revista Pléyades*, 5 (1), 230-250. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3273805>

GARCÍA GALIANO, A. (2010). Las polémicas sobre Cicerón en el renacimiento europeo. *Escritura e Imagen*, 6, 241 - 266. Recuperado a partir de <https://revistas.ucm.es/index.php/ESIM/article/view/ESIM1010110241A>

GARCÍA SÁNCHEZ, M., (2019) ¿Príncipes o tiranos? La *Ciropedia* de Jenofonte, la monarquía aqueménida y los *specula principum* de la modernidad (s.XVI), *Gerión. Revista De Historia Antigua*, 37(2), 399-423. Recuperado a partir de: <https://doi.org/10.5209/geri.65980>

GENOVESI, G., (2013) Il Principe di Niccolò Machiavelli: un saggio di educazione politica , *Annali on line della Didattica e della Formazione docente*, 5 (6), 101-119. Recuperado a partir de: <http://annali.unife.it/adfd/article/view/837>

HERNÁNDEZ DÍAZ, J. (2013). Maquiavelo y la educación del gobernante. *Revista De La Sociedad De Estudios Italianistas*, 9, 79-104. Recuperado a partir de <https://revistas.usal.es/index.php/1576-7787/article/view/12853>

JAEGER, W., (2001) *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, Libro III, México: Fondo de Cultura Económica de México. Recuperado a partir de: <https://detemasytemas.files.wordpress.com/2012/05/32726025-werner-jaeger-paideia-los-ideales-de-la-cultura-griega-iii.pdf>

LÓPEZ EIRE, A., (1999) Lectura moderna de la retórica clásica, *Castilla: Estudios de literatura*, 24, 103-127. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=136264>

LÓPEZ MUÑOZ, M.A., (2010) La filosofía política de Pedro de Ribadeneyra y su influencia jurídica en la historia de España, *Revista de Filosofía: Bajo Palabra*, 5, 321-330. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3412665>

Ministerio de Educación y Formación Profesional, Panorama de la educación. Indicadores de la OCDE 2019. Recuperado a partir de: <https://www.educacion.gob.es/centros/home.do>

MESNARD, P., (1960) Jean Bodin, teórico de la República, *Revista de Estudios políticos*, 89-104. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2129480>

MONREAL PÉREZ, J.L., (2010) *El desarrollo de las lenguas vernáculas, el uso de la lengua y el arte de traducir en la tradición humanista renacentista y en el humanismo reformador europeo*, Murcia: Universidad de Murcia. Recuperado a partir de: <https://digitum.um.es/digitum/handle/10201/10840>

ORTEGA GUTIÉRREZ, D., (1999) Los valores de la polis en la sofística y en Platón, *Anales del seminario de historia de la filosofía*, 16, 57-84. Recuperado a partir de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=72614>

PLATÓN, (1872) *La República, Libro III*, Madrid: Medina y Navarro editores. Recuperado a partir de: <http://www.filosofia.org/cla/pla/img/azf07007.pdf>

POLIBIO, (1991) *Historia de Roma I-IV*, Madrid: Editorial Gredos. Recuperado a partir de: https://www.academia.edu/36083365/LIBROS_1_-1V_EDITORIAL_GREDO

PORTANTIERO, J.C., (2000) Gramsci, lector de Maquiavelo, *Fortuna y virtud en la República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*, Buenos Aires: CLACSO, 149-154. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/maquiavelo/portantiero.pdf>

- SAPERE, A. V. (1). La propuesta educativa de Isócrates: análisis del discurso contra los sofistas. *Anales De Filología Clásica*, (25), 101-112. <https://doi.org/10.34096/afc.v0i25.319>
- SCHETTINO, H. (2016). Política e imperium en Maquiavelo y Spinoza. *Revista de filosofía DIÁNOIA*, 47(48), 37–66. Recuperado a partir de: doi:<https://doi.org/10.21898/dia.v47i48.448>
- SIERRA NARGANES, J., (2014) *Las formas de gobierno en la historia de Roma de Polibio*. Madrid: Universidad de Comillas, Facultad de Derecho. Recuperado a partir de: <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/549/TFG000496.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- SKINNER, Q., (2008) *Maquiavelo*, Madrid: Alianza Editorial, Recuperado a partir de: <http://pdf-humanidades.com/sites/default/files/apuntes/1%20Skinner%20-%20Maquiavelo.pdf>
- TORRES COROMINAS, E., (2010) El Cortesano de Castiglione: Modelo antropológico y contexto de recepción en la Corte de Carlos V, *Centros de poder italianos en la monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, 2, 1183-1234. Recuperado a partir de : https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/689169/34_cortesano_torres_CPIMH_2010.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- UJALDÓN, E., (2018) Strauss contra Maquiavelo: el filósofo en la ciudad, *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas*, 13, 15-32. Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/INGE/article/view/64097>
- VILLANUEVA LÓPEZ, J. (2009). La influencia de Maquiavelo en las «Empresas políticas» de Diego de Saavedra Fajardo. *Studia Historica: Historia Moderna*, 19(1), 169-196. Recuperado de http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/Studia_Historica/article/view/4800
- VENTURELLI, R., (2000) Maquiavelo y su príncipe en el contexto de la cultura italiana del 500, *Fortuna y virtud en la República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*, Buenos Aires: CLACSO, 69-78. Recuperado a partir de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100603025133/4venturelli.pdf>